

LA LIGA TENSA

LUCÍA NASER ROCHA

→ **Narraciones
y experiencias en torno
a imaginación y protesta**

**IMAGINARLO
POSIBLE**

Una historia en la historia

Imaginario 68, o lo que está acá sin que hayamos estado ahí

Imaginario guerrillero: la ciudad, los tupas, las heridas

Imaginario altermundista: zonas transitorias de transformación

Imaginario autonomista: escucha y comunicación de las tácticas zapatistas

Imaginarios que prenden, encuentros que abren, experiencias que transforman

25 **Entrevistas a amigos.** Diálogos cómplices sobre imaginación y protesta

26 MARÍA DELIA CUNEO. Imaginar con los pies

30 GABRIEL DELACOSTE. La imaginación como capacidad colectiva

34 CELESTE ROJAS MUGICA. Esculpiendo barricadas

38 DIEGO VALERIANO. Imaginar como todo lo que no es ruido

42 VITRINA DYSTÓPICA. Abrirse a lo inesperado

51 VERÓNICA GAGO. Imaginar como estado de ánimo

62 **Manifestación a futuro**



**pasar marchando frente a una iglesia
dejando como huella bombas caseras de pintura roja
estampadas en su fachada**

**marchar encabezados por la virgen
para hacer más difícil la represión directa**

**construir un cubo gigante de material altamente reflector
para cegar policías**

**transformar vallas policiales en un mural
con los nombres de todas las mujeres asesinadas
en un año**

**hacer de un reclamo una fiesta que celebre
performativamente la existencia de todo lo a-normal**

armar carpas en una plaza

ocupar el centro financiero del mundo

**viralizar una desobediencia molecular,
como colarse al metro que, replicada masivamente,
hace estallar el sistema**

**avanzar en el espacio público y sobre
los monumentos para voguearles arriba, abajo
y de costado, imprimiendo en palacios de gobierno
la huella efímera pero profunda de cuerpos en el goce
de la desobediencia**

**pegar en los metros carteles a favor de la legalización
del aborto para que los distribuyan por las estaciones
de toda la ciudad**

**hacer una marcha en total silencio por más de veinte
años, para sentir, duelar y denunciar juntas la
desaparición de familiares y compañeros durante
la dictadura**

**acordar que todos los obreros de todas
las construcciones de todas las ciudades paren
inmediatamente sus tareas cuando un colega muere
trabajando por incumplimiento de normas de seguridad**

**crear una coreografía para duelar danzando en la calle
cada vez que ocurre un femicidio**

prenderse fuego para captar la atención

**caminar, contar y nombrar en voz alta a 43
estudiantes desaparecidos
(en un país de miles de desaparecidos)**

**la movilización-con-paro como la puesta en juego
de la única fuerza (de trabajo) que se tiene**

**convertir un poema hecho por personas en situación
de calle en un manifiesto bailado y cantado
por el derecho a la vivienda**

**organizar un verdurazo por el acceso a la tierra y contra
el modelo agroecológico en el que pequeños productores
venden a precios populares frente al congreso
su producción**

**cortar carreteras, puentes y avenidas
de las principales ciudades, como forma de hackear
el control del Estado sobre el territorio**

**tomarse la calle como trabajo de 8 horas,
en una revuelta que dura semanas**

**tirar de un pellejito del presente
para levantar la costra del sistema todo que ahoga**

**hacer una marcha hippie para reclamar
el carácter público de las playas**

**cruzar el país a pie para visibilizar el problema
del acceso a la vivienda**

**armar un tutorial para una coreografía masiva que
promociona un juicio político y la caída de un gobierno**

resistirse a ser detenide sin oponer fuerza alguna

sentarse o detenerse donde no está permitido

**ponerse la gorra de pibi chorre para marchar contra gorra
policial disputando la ciudad en contra del gatillo fácil**

**ir a perder una votación a las puertas de un congreso
e intentarlo de nuevo, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 veces**

Del presente hacia atrás; desmontaje de imaginarios (propios) sobre la protesta

Con la Liga Tensa venimos investigando las manifestaciones de protesta con foco en las que se dan en contextos urbanos. Acotamos un encuadre con el deseo de observar qué se mueve dentro de él. Puede parecer redundante, obsoleto o carente de imaginación seguir haciendo manifestaciones, hacer una misma marcha a través de los años, o reeditar una y otra vez determinadas forma de expresión y organización política. Sin embargo, nos interesó justamente el modo en que junto a sus formas tradicionales, la manifestación tiene códigos y performatividades que están en permanente actualización y cambio. La protesta es un lenguaje común, una tradición –en sus buenos y malos sentidos–, un dispositivo legible y una práctica con sus códigos propios hacia adentro y hacia afuera. La manifestación habilita un universo común de sentidos (siempre en disputa), que se actualiza al entrar en contacto con lo que está pasando en el presente de su acontecimiento. En la movilización se encuentran y se re-crean imaginarios que sostienen las luchas, y que construyen movimientos y movimientos de movimientos.

Inéditas, reiteradas o únicas, las protestas son actos de imaginación que conviven e interactúan con imaginarios sociales, que a su vez dan a la manifestación su contexto, su color o difuminación, que nacen de ellos y los transforman, que les hacen irse para siempre volver, como oleajes de una marea. Todo lo que parece simple al pensar la protesta se complejiza cuando se mira de cerca, y en ese entramado nos zambullimos.

Es difícil hablar de la imaginación en el contexto de la protesta por ser algo cuya potencia de acontecimiento es tan removedora, que lo que pueda decirse queda siempre pálido, sobra, queda cortísimo para dar cuenta de su experiencia. Es inútil intentar mapear algo que sucede en zonas opacas, arriba o abajo de lo factual, al borde de lo decible, a veces en imágenes, otras en texturas, otras en acontecimientos. Arriesgándome a lo inútil y porque el fracaso también tiene que ver con la revuelta, éste es un intento de entrar en contacto, por un lado, con momentos de destello de la imaginación en la protesta; y por otro, de explorar los imaginarios que participan de la protesta y también los que a partir de ella, (re)construyen universos sensibles de sentido y sin sentido (más o menos estables, más o menos colectivos).

La dimensión política de la imaginación como fuerza que irrumpe política, filosófica, existencialmente, se retroalimenta con el rol que los imaginarios juegan en tanto filosofías prácticas; modos de especular, desear y fantasear que no pueden suceder sin ser colectivos y sin transformar formas de vida, aunque cómo lo hacen no sea ni predecible ni literal.

Conjurado en *verbo*, *imaginar* abre espacios para la creación y desestabilización del acá. Imaginar es activar un pensamiento que

especula, transforma, modula, moldea, conecta cosas distantes, desfigura, borra, esclarece, esconde, traduce, tiene experiencias de cosas que aún no experimentó y quizá nunca lo haga. Imaginar es cuando algo se hace presente sin que lo viéramos aparecer; desfigurar, transfigurar, agrandar algo para ver cómo luce, achicarlo hasta poder pasar por arriba o por abajo, lanzarse a imágenes o dejar que algún sentido lleve de la mano, pasar de la lectura a la escritura, es pensar con los pies, entrar en un estado. Imaginar es especular, es viajar en el tiempo, mover variables de un mismo fenómeno, mirar cosas desde diferentes ángulos, achicar los ojos para ver peor, es elegir un encuadre, probar desencuadres (sobre todo propios), cruzar las fronteras de los conceptos y las definiciones, recurrir a las palabras para hacerlas significar otras cosas, es andar de la mano con una idea hasta que ella desaparezca y sólo quede la caminata. Es involucrarse de lleno en algo que no existe, como en la seriedad del juego. Es animarse a ver una posibilidad que aún no está ahí y creerle; crear algo nuevo, es ¡wowwwwwww! la sorpresa, es habilitante, es el riesgo de exponerse a otros ofreciendo algo que no nos pertenece.

Como *sustantivo*, los imaginarios son situados y a la vez históricos, nos actúan tanto como los portamos, y afectan (auto)percepciones del mundo, nos hacen sentir parte de colectivos y comunidades, y actúan sobre los sentidos y los relatos que construimos de nuestras experiencias. Los imaginarios son la condensación de experiencias al mismo tiempo en que nos ofrecen marcos para interpretarlas.

Los imaginarios políticos sitúan, ofrecen una perspectiva: los represivos nos encuentran en amenaza, los cristianos nos representan en relación con dios y la comunidad de fieles; los anticapitalistas nos hacen antagonistas de casi todo lo que nos rodea, los neoliberales nos retratan solitarios y en competencia, en busca y construcción de nuestro propio destino del cual nadie sino uno es total responsable. Hay imaginarios que unen y otros que separan. Hay imaginarios que producen identidades y experiencias; y también experiencias e identidades que los transforman permanentemente. No es lo mismo el imaginario neoliberal, el capitalista, el patriarcal, que el insurgente, el político, el comunitario, el anarquista. Algunos imaginarios van a favor de lógicas dominantes; otras van a contrapelo.

Hegemónicos, insurgentes o subterráneos, los imaginarios coexisten pero no necesariamente en igualdad de condiciones. Nunca aparecen en estado puro, y sus formas, medio frankenstein, responden a la rareza de las formas de las propias relaciones sociales. Pueden aparecer así imaginarios anarquistas y machistas, movimientos destituyentes constituyendo, feminismos punitivistas, movimientos afirmativos que terminan siendo negacionistas, liberalismos represivos, imaginarios emancipatorios que acaban por ser coercitivos. Los imaginarios no están exentos de mezclas y mucho menos de confusiones.

¿Cómo evitar ser moralistas pero aún así crítiques en la relación con diferentes imaginarios políticos? ¿Cómo no romantizarlos? ¿Cómo correrse de la tentación de definirlos? ¿Cómo cambiar de lente para desentrañar la fuerza discursiva de los imaginarios o la potencia fenoménica de la imaginación hecha verbo? ¿Cómo no caer en el etnocentrismo? ¿Cómo no pasar por la propia experiencia?

Buceo en los imaginarios propios en busca de algunas pistas. Si la experiencia es decisiva para la imaginación, la historia de vida de cada uno debe tener que ver con ella. Si lo que experimentamos, y cómo lo experimentamos nutre de sustancia nuestra imaginación, mucho de ella se juega en los espacios y relaciones que construimos con nuestras prácticas políticas y experiencias de lucha.

¿Qué debería hacer un texto para conjugar e invocar la imaginación como práctica política de movimiento, como práctica en movimiento político, como práctica de los movimientos?

Los imaginarios están ahí aunque no los nombremos. Su mapeo exhaustivo es imposible y porque hay mucho de ellos que se juega en la experiencia, es en la experiencia donde se manifiestan. Como en la política, contar la experiencia propia es también contar un poco de lo de otros, de lo colectivo, pues somos puntos de intersección de una multiplicidad de imaginarios. Los imaginarios se alojan en las fantasías, en los deseos, en las lecturas, en los goces, en los hábitos, también en los miedos.

Somos imaginarios que se encuentran y entrelazan de formas raras. Tejiendo y siendo tejida en ese encuentro recurrente, desde este sur ventoso y medio descampado; composición mutante de imaginarios múltiples con sus escenas, fragmentos, texturas que se asemejan y repelen.

Lo imaginado narra, abre espacios, invita a ir tras ello. ¿Qué escenas concretas permiten a cada uno cartografiar las piezas de un imaginario político compuesto de múltiples retazos y experiencias?

Una historia en la historia

Los imaginarios suelen estar tan incorporados que dejamos de hablar de ellos. Hoy, cerca de los 40, viviendo en este lugar del mundo donde nací y no en cualquier otro (Río de la Plata post-dictadura), voy descubriendo quizá tarde, algunos imaginarios propios, otros ajenos pero interiorizados, algunos heredados y traducidos, defendidos pero tal vez ya estériles, recién-nacientes y arrolladores, imaginarios que convergen y otras veces chocan de frente con posiciones, con situaciones, entre sí, con límites impuestos o elegidos.

Mis imaginarios de/en la protesta están fuertemente marcados por contextos geográficos, ideológicos y generacionales. Nací en el 83: entre el 82 y el 86 Galeano publicó su trilogía de *Memorias del Fuego*, entre el 79 y el 88 el colectivo Canciones para No Dormir la Siesta, pasé los fogones de mi niñez y adolescencia cantando Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, me movió el piso Queen, Fidel Castro y el antiamericanismo fue mi pan de cada día quemando llantas en la embajada de USA. Convivir con lo reaccionario en el interior de mi familia me obligó a aprender a argumentar. Toda mi educación fue pública y fue mi espacio de socialización política más significativa. Fui al liceo durante los noventa surfeando la ola neoliberal con boletería de estudiante, y arranqué sociología junto a una intensa

militancia estudiantil, justo el mismo año que tiraron abajo las Torres Gemelas. La danza pasó de hobby a estrategia y luego a cosmovisión, una vez que vi ahí sensibilidades cómplices que en la política no comparecían.

Me formé políticamente en las marchas. La movilización y la protesta fueron ventana a un mundo que no sabía que existía; a un pensamiento que mucho menos; y sobre todo a otros con quienes compartir imaginaciones que transformaron mundos, al menos los de quienes estábamos ahí.

Sobre la mesa organizo, como cartas de tarot, algunos imaginarios que, ensamblados, dan cuenta de la historia de mi experiencia política de la protesta donde aparecen como flashes escenas de desobediencia, memorias tergiversadas, actos masivos de lo imposible, gestos mínimos revolucionarios del todo, planes que no pudieron ser, cosas que sí fueron sin estar en los planes.

Imaginario 68, o lo que está acá sin que hayamos estado ahí

Aunque desea futuridad, lo que imaginamos tiene todo que ver con el pasado. Del pasado heredamos imaginarios que intervienen en la percepción del presente y del futuro; imaginarios que pueden actualizarse, que pueden también fosilizarse, imaginarios que pueden encenderse o desaparecer en un instante, y otros que se resisten a extinguirse.

Una de las asociaciones más frecuentes a la hora de pensar imaginación y protesta es la revuelta de 1968 en París, en la que la imaginación fue colocada en el centro de las consignas que reclamaban, desde una alianza inédita entre obreros y estudiantes, la transformación de todo un régimen. ¿Por qué si asociamos la imaginación a una temporalidad futura, nuestro imaginario sobre ella está tan ligado a estas escenas? ¿Qué empezó ahí y en qué devino? ¿Cuáles son sus restos?

La “imaginación al poder” logró condensar el deseo de muchas de una política más creativa, más delirante, menos disciplinada y disciplinante, más arriesgada, adrenalínica, espontánea, mágica. El deseo de esa otra política buscó alternativas con la imaginación como herramienta de lucha. Pero ni la imaginación estaba necesariamente fuera del poder en aquel contexto sociopolítico en el que la desobediencia inundó las calles; ni tampoco la imaginación le era ajena a los muchos otros movimientos, revueltas y manifestaciones que en diferentes lugares del mundo se estaban produciendo simultáneamente: Cuba, Vietnam, Uruguay, Argentina, Chile, Estados Unidos, Checoslovaquia, México, Argelia, y tantos otros.

El 68 como momento fugaz –y precisamente por serlo– fue por mucho tiempo, y hasta hace muy poco, nuestro pasado utópico más cercano. Ese momento de verdad política en el que “gente como una” resolvió, o simplemente salió a la calle a quemar todo. A decir basta. A hacer con el cuerpo cosas que aún no son este mundo pero que

imaginamos pueden llegar a serlo, o ayudar a hacerlo. El 68 fue un momento radical, de revuelta y de guerrillas. Un rato de palpar, oler y doler la violencia del camino hacia la transformación imaginada.

Pero el 68 fueron muchos 68, y en ese archivo aparecen otros contextos de revueltas acompañando, pero también diferenciándose del parisino. El 68 uruguayo por ejemplo, fue menos pintoresco y costó una dictadura de 12 años que dejó huellas hasta el presente. En ese pasado se definieron muchas vidas y muchas muertes y se abrió un ciclo que va siendo hora de cerrar. Urge interpelar la narración de que “venimos del 68”. Venimos –y convivimos– también de otras luchas que no están tan instaladas en nuestro presente como “nuestro pasado”, que no ocuparon lugares privilegiados en las historias oficiales y que están más cerca en el tiempo y sin embargo son importantes para nuestros imaginarios y deseos. O quizá, sí, venimos del 68 y, en ese caso, tenemos un legado delicioso para actualizar. Y si ahora entonces supiéramos de dónde venimos la pregunta, por fin, podría ser ¿a dónde queremos ir?

Los modelos de revolución que fueron ensayados (y no otros), y afectos como la nostalgia, la frustración o la romantización escapista marcan los imaginarios generacionales de quienes legamos el 68. Como con los padres, el trauma y la obsesión caracterizan la relación que tenemos con el único pasado revolucionario que nos es accesible.

Se dice demasiado que la imaginación y los radicalismos del 68 quedaron atrás y hay que recuperarlos. Pero quizá lo más razonable sería dar vuelta la afirmación para ver que no logramos ni actualizar ni dejar atrás al 68 y junto a él, los imaginarios sobre radicalismos y revueltas. Como si una parte del cuerpo de nuestro imaginario político radical estuviera muerto o necrosado y como un caballo senil volviera siempre por el mismo camino a los mismos lugares.

Hasta hace poco cualquier cosa parecida a una revolución o sublevación que lográbamos imaginar se tocaba inevitablemente con ese momento de condensación que los relatos dicen que fue el 68; y junto a él la superyoica presencia de cosas grandiosas, serias y geniales que hicieron nuestros padres o sus amigos, cosas que sin embargo, les salieron mal y les dejaron bastante rotes. Contra lo que podría esperarse, he llegado a sentirme más triste que envalentonada al imaginar ese pasado desde algunas de las narraciones de quienes lo vivieron.

Es posible que estos callos expliquen por qué hemos sido poco capaces de imaginar desde un lugar como “la izquierda”. Mientras que, en paralelo, se han levantado imaginarios profundamente insurgentes y creativos desde otros movimientos sociales como el feminismo; pero también desde la vereda de enfrente, como muestra el eficiente trabajo de creativos de agencias de publicidad, tecnócratas del desarrollo, ingenieros de las tecnologías de mediación y comunicación, perfeccionadores de dispositivos de bio-control, y oficios conexos.

No todas las imaginaciones están en crisis. Quizá el imaginario necrosado afecta a las izquierdas que intentan una continuidad histórica con el ideario e imaginario del 68. Pero no impidió que en los últimos 15 años viéramos muchísimas nuevas formas y zonas

de sublevación, de protesta, de hacer revuelta que levantan y se levantan desde otros imaginarios.

A varios imaginarios les está yendo muy bien en su capacidad de crear, compartir, activar visiones de mundo(s), y crear y (re)producir formas de vida. Y es que imaginar en medio de un bajón de autoestima para nada se parece a imaginar en uno de expansión y alegría. No es lo mismo imaginar una revuelta en pleno ascenso neoliberal que en fangosas aguas progresistas; no es lo mismo imaginar en la casa que en la calle; no es igual imaginar en pandemia que antes de ella; imaginar en diálogo que solas, imaginar a partir de una imagen o desde texturas, formas, colores, olores. No es lo mismo imaginar buscando un punto de llegada que lanzarse como a un viaje, cuyo sentido es precisamente mantenerse en tránsito más que ir a algún lugar.

El mapa político del poder real se cruza todo el tiempo con los imaginarios: imaginamos en relación con los lugares que ocupamos, las relaciones con el poder que tenemos, las posiciones de subalteridad que vivenciamos, los afectos, los vínculos con territorios, los colectivos, espacios, relaciones, normalidades, normas.

Imaginar todo un mundo no es lo mismo que imaginar acciones cotidianas. Hay quien encuentra su libido imaginativa en la gran toma, la revolución definitiva, el acontecimiento bisagra. Hay quien desplaza su imaginación política a transformaciones de otra escala. La cotidianización de la revolución alimenta (y no amenaza) a la revolución utópica, la grande, la definitiva, la que va a resolver todo, esa que nunca sucederá pero nos mantiene juntas, caminando. Imaginarlas como cooperando en vez de como compitiendo fortalece mucho a la movilización.

Reivindicar la imaginación del 68 al poder es posible sólo si entendemos a la imaginación –y a la política– como algo fuera de la historia, atemporal. Pero si comprendemos que la imaginación que emergió del 68 nació de una situación que ya no es la del presente, la necesidad de reimaginar se plantea no sólo como deseable sino como necesaria. Si nos inspira el modo en que la generación del 68 se animó a imaginar, imaginemos traduciendo sus prácticas a nuestros contextos, pero no nos aferremos a los imaginarios creados por dicha generación para evitar adentrarnos en la tarea de imaginar desde la nuestra.

La historicidad de las luchas nutre a los movimientos y orienta para la creación de tácticas, estrategias y acciones de protesta. Pero el reconocimiento de dicha historicidad no es lo mismo que el deseo de la repetición de la historia (o de los mecanismos de lucha del pasado): sobre todo porque hay demasiadas repeticiones que para nada nos convienen/convencen.

Tal vez, para que la imaginación despliegue su potencia y ataque a las formas actuales de poder, necesitamos reimaginar formas de lucha que entablando alianzas improbables, como dice Silvia Rivera Cusicanqui, entre períodos, movimientos, organizaciones, fantasías, especulaciones y significados, se manifiesten desde un presente cargado de pasado, de futuro y de presente con la ayuda de todos los posibles entreveros entre ellos.

Imaginario guerrillero: la ciudad, los tupas, las heridas

Mi relación con la protesta –o con la posibilidad de su radicalización– está marcada por un imaginario guerrillero al que es imposible aludir sin pasar por la historia de la guerrilla en Uruguay. Aunque de revueltas y sublevaciones está llena la historia de esta región llamada Uruguay o Río de la Plata, fui marcada generacionalmente por la guerrilla tupamara de los sesenta y setenta.

El Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros fue un grupo de guerrilla que en los años sesenta en Uruguay llevó adelante acciones que destacaron por el uso de la imaginación y por la puesta en escena de situaciones donde la ficción fue una de las herramientas para realizar acciones subversivas como robos, secuestros, etc.

El objetivo de financiar la guerrilla y de atacar al aparato represivo que crecientemente se cernía sobre el estado en Uruguay y la región no dejó fuera actos con fuertes cargas simbólicas, en las que el grupo armado compensó la precariedad de recursos bélicos con un arsenal de bombas imaginativas que dieron lugar a acciones diversas.

Robar un camión entero de supermercado para llevarlo a un barrio marginal como regalo de Navidad y, dando vuelta la lógica consumista de las fiestas, tomar radios, crear simulacros, planear fugas épicas y multitudinarias, fue parte del despliegue imaginativo y de la guerrilla semiótica y armada que hicieron a los Tupamaros.

Los Tupas –y sobre todo las anécdotas sobre ellos que otros me contaron– son los xadres de mi imaginación política. Unes xadres cuya forma de envejecer y de reconfigurar a través del tiempo su rol en la política, me llevaron a distanciarme de ellos y sus legados. Los Tupas son mi 68, mi otro mundo posible, uno que quedó enterrado bajo alguna bota del pasado. Su mera existencia en un lugar como Uruguay anunciaba que bajo el apego a las normas y el civilismo como marcas de la esencia nacional, podía haber algo de rebeldía y de deseo revolucionario.

Tengo una foto con el Pepe Mujica –líder guerrillero y décadas después presidente del Uruguay por el Frente Amplio entre 2010 y 2015–, de cuando yo tendría unos 15 años, que me marcó. Como un documento que de alguna forma es parte de la narración que inventé sobre mi rol en las luchas en curso. Alejarme del Pepe fue quizá mi forma de rendirle homenaje a lo que él representa: un imaginario subversivo que fue borrado y disciplinado a base de terror. El terrorismo sabe que lo que nos pasa cuando imaginamos tiene efectos reales, y usó eso a favor del control, del insilio, del disciplinamiento, de la censura y de la aniquilación.

Y vuelvo a esa foto –¿será del año 98?– donde estamos abrazados él y mis amigos, sonriéndole a la historia en pleno 18 de julio. Probablemente era un primero de mayo; teníamos la costumbre de ir a la marcha y luego la mamá de un amigo nos llevaba a todes en su combi y hacíamos un guiso para terminar el feriado todes borrachos

y chuponeando, con suerte. Durante ese clic me imagino que pensé: si este tipo me abraza es más o menos como yo, yo podría hacer cosas que él hizo (y podrían hacerme las cosas que a él le hicieron). En él el significado de radicalismo se conjugaba en verbos como poner bombas, escapar de cárceles, armar una guerrilla revolucionaria, sobrevivir a 12 años de cárcel y tortura. El asunto es que en ese minuto nació alguna parte importante de mi imaginario sobre el campo colectivo de luchas y la posibilidad de que una guerrilla se desplegara en él.

Cuando se crece cantando: “dame tu mano para jugar, quiero invitarte a bailar, no creas que el sol está lejos de aquí...”, o: “aquel país de las maravillas habrás de hacerlo de realidad”, y se es adolescente rodeada y erotizada por palabras como socialismo, antiimperialismo o revolución, enamorada de las bocas de las que salían y de los cuerpos que las intentaban, no se transita con tanta facilidad por la caída de los grandes relatos, porque algo adentro está cayendo también.

Pero siempre que un relato cae, deja espacio para sus posibles reemplazos.

Los tupas construyeron imaginarios que no siempre producen afectos energizantes y creativos en mi generación y entorno político. Demasiados relatos han significado los intentos del Movimiento de Liberación Nacional como fracasos. Las trayectorias biográficas-políticas de los integrantes que sobrevivieron al terrorismo de Estado tampoco ayudan a que la vibración guerrillera sea fácil de conectar desde un presente signado por el trauma poscolonial sumado al post-Muro de Berlín, al posdictatorial y más tarde al posprogresista. Sin embargo, esa vibración está ahí, pidiendo escucharla para hacer algo más que lamentarnos por lo que no fue.

A la desilusión ante lo que la apertura democrática no trajo, se le sumó la frustración por el devenir del progresismo que termina por conquistar el gobierno para ser luego conquistado por la lógica gubernamental. Mi experiencia de los 15 años de gobiernos frenteamplistas es de un proceso de creciente y firme alejamiento del progresismo, y al mismo tiempo de una memoria pulsante y reciente de acontecimientos que transformaron mis imaginarios. Junto y a veces en contra de los gobiernos progresistas, Uruguay se fue transformando a base de grandes marchas, marchas que continúan haciéndose y que sembraron líneas de acción política que continúan hasta hoy.

Las marchas multitudinarias por la papeleta rosada a favor de la anulación de la Ley de Caducidad en 2009 (que evitaba los juicios de criminales de la dictadura), por la legalización del aborto en 2012, por el matrimonio igualitario en 2013, por la legalización de la marihuana en 2013, por el “No a la baja” (contra la reducción de edad de imputabilidad penal) en el 2014, contra la reforma constitucional y represiva “Vivir sin miedo” en 2019, Contra la Ley de Riego en 2020. Causas que fueron movilizadas desde colectivos sociales organizados y que crearon un chasis más duradero que el efímero –y, sin embargo, marcante– pasaje de las manifestaciones por la ciudad. Los intentos capitalizadores de esas luchas por parte de los gobiernos pasaron, nuevos gobiernos antiderechos llegaron, y esas marchas siguen convocándonos multitudinariamente, en la calle y en la memoria que imagina volviendo a ellas.

Es curioso cómo las temporalidades se desordenan: acontecimientos fugaces pueden impactar sobre imaginarios con décadas de construcción y viceversa, imaginarios instalados pueden resistir su actualización armando para ello las más inesperadas estrategias.

El imaginario guerrillero del 68 tuvo que pasar por muchas transformaciones aun conservando algunos nombres: la resistencia a la dictadura, la apertura democrática fallida, el neoliberalismo y por último llegar al poder gubernamental (que podría pensarse como su extremo opuesto). Como todo lo vivo, los imaginarios sienten el tiempo y sus devenires no siempre son los que se esperaba.

De una forma parecida, los efectos de un imaginario activado en la protesta pueden no tener que ver con los esperados; las situaciones resignifican y transforman. La protesta latinoamericana actual habla mucho de esto. En Chile piezas claves de la cultura *mainstream* global son convocadas para fertilizar el suelo de una revuelta (*Thriller*, *Dragon Ball*, la viralización de memes); en Colombia un lenguaje imaginado como ajeno a la política toma el Palacio de Gobierno (*voguing* en las revueltas de junio); desde Chiapas un viaje transoceánico al encuentro de Europa es la manifestación que la imaginación zapatista compone en el presente, tras décadas de territorialización autónoma de resistencia al colonialismo.

Quizá habilidades que se entrenan en otros escenarios producen efectos impredecibles al llegar a la protesta y al irse de ella; la presencia y experiencia en las redes y el hábito de aparecer en el espacio público virtual como algo cotidiano puede habilitar y alimentar escenas de sublevación colectiva en contextos de extrema crisis; las redes de autocuidado feminista desplegadas en la vida cotidiana pueden ser fundamentales para la supervivencia en la calle; la desobediencia practicada contra el Estado puede volverse desobediencia ante el capitalismo y el mercado en un saqueo; la solidaridad necesaria ante la extrema precarización puede abrir espacios de politización y organización revolucionarios; la imposibilidad de transitar libremente puede fortalecer la relación con el territorio; el anonimato como efecto de la despersonalización neoliberal e incluso el tapabocas como dispositivo higienista propio de la pandemia pueden ser activados para la acción directa.

La imaginación en acción desestabiliza los imaginarios sedimentados y levanta polvareda. Su performatividad tiene efectos impredecibles y crea zonas donde el radicalismo estético se puede encontrar con el fascismo para producir movimientos reaccionarios; donde el radicalismo político puede ser aplanado por inercias institucionalizantes; donde el experimentalismo organizacional puede hacer al pensamiento dar giros; donde experiencias pueden dislocar registros identitarios fuera de clasificaciones previas; donde lo que imaginábamos revolucionario puede acabar en conservadurismo. Los imaginarios descarrilan y hacen volcarse expectativas y predicciones. Algo de esto pasó en el ciclo que se abrió con la guerrilla de los sesenta y se cerró —de la mano de muchos de sus protagonistas— con el viraje a la derecha del progresismo en el gobierno. Un ciclo lleno de desvíos y túneles; un ciclo donde nacían mundos posibles a la misma velocidad en que otros morían o eran acribillados a golpe de realismo capitalista.

Imaginario altermundista: zonas transitorias de transformación

El primer Foro Social Mundial fue organizado en 2001 simultáneamente y en contraposición al Foro Económico Mundial de Davos. Cambiando económico por social, y Ginebra por Porto Alegre, los gestos inaugurales del FSM buscaban recentrar prioridades y activar la creación de redes de articulación internacional que, integrando a diversos movimientos anticapitalistas y antiglobalización, juntaran fuerzas para resistir el orden mundial dominado por las grandes potencias económicas. Su primera edición fue en enero del 2001 en Porto Alegre y nos encontramos ahí, aún sin saber bien a qué íbamos, miles de personas.

Organizaciones sociales, movimientos indígenas, organizaciones estudiantiles, sindicatos, ecologistas, medios de comunicación alternativos, colectivos antiglobalización, organizaciones campesinas, colectivos culturales, traductores organizados, grupos promotores del robo como acción social, carpas ardiendo al sol del verano y de los generadores, agroecologistas, organizaciones de mujeres, redes de docentes, observatorios sociales, académicos, partidos políticos, estrellas del marxismo, músicos del altermundismo, fogones improvisados, el Movimiento Sin Tierra (MST) como un articulador clave de los procesos que se vendrían.

El bus que me llevó a Brasil me agarró con 18 años recién cumplidos, en pleno despertar político, en plena celebración de la mayoría de edad, en el pasaje a espacios de militancia donde se hacía otra política, buscando espacios y senderos de radicalización. Por entonces muchos de mis compañeros de la universidad se preparaban (sin que yo me diera cuenta) para ser los cuadros políticos de los gobiernos que ascenderían cuatro años después. La cosa se estaba armando en América Latina. Y el FSM fue parte de ese combustible. La entrada a Brasil y no por vacaciones (pero la música, la cachaça y el calor igual estaban), la organización necesaria para que puedan ir todos y no falte nada a nadie, la expectativa del encuentro, la preparación cada uno a su manera, el primer viaje militante. La cosa era sorprendentemente situada y mundial. Local y transnacional a la vez. La antiglobalización fue el imaginario que habilitó un encuentro que se daba de frente con las fronteras y el realismo capitalista.

Atrás de la consigna "otro mundo es posible" podíamos encontrarnos y responder muchas tendencias, organizaciones y colectivos de la izquierda sin temor a ser hegemonizados o sentir que transábamos en lo fundamental. Incluso era un llamado para quienes andábamos por ahí sin claridad de nuestro lugar político en el mundo (algunos seríamos apátridas para siempre).

Si la globalización era internacionalización desde arriba, el FSM buscaba su construcción desde abajo y encontraba cauce, espacio y una energía política colectiva a punto de estallar. Algo olía diferente. Algo que no era la oferta ya gastada de militancia en los comités de bases barriales montevideanos o la participación en las cuatro

o cinco marchas obligatorias de cada año, o la afiliación a algún partido lejano, desconocido y aparateado, o la tristeza local colectiva como única práctica posible de la memoria y la unidad.

Un movimiento internacional basado en el anticapitalismo y la antiglobalización se hizo posible y eso nos tenía imaginando ese otro mundo posible. Las luchas de las mujeres y disidencias sexuales apenas eran audibles. Un silencio que impacta en retrospectiva.

El FSM nos permitió creer que hasta que otro mundo no fuera posible, otras luchas sí lo eran. Y nos metimos en eso hasta el cuello. Hay cosas que pasan que te permiten imaginar nuevas cosas. Y eso fue viajar hasta Porto Alegre, ocupar la ciudad con mochileres politizadas de toda América Latina, y montar entre carpas, recitales y fuegos, las discusiones más básicas (¿fundacionales?) que ocupaban por ese entonces a los movimientos antisistémicos. Constatar la dimensión de nuestras fuerzas era de un poder energizador infinito. Recuerdo que yo me había voluntariado para traducir de forma simultánea algunas conferencias. Recuerdo que nunca había hecho ni practicado para algo así. Cuando la necesidad existe una hace cosas que no había imaginado poder hacer. Y eso pasó muchas veces en los FSM: una especie de ensayo general que crea capacidades colectivas.

Eventos que transforman imaginarios dan cuenta de la fuerza política de las experiencias. El campamento no fue la materialización local, temporal y espacial de un imaginario ya existente. El campamento habilitó el nacimiento de un imaginario. Y ese imaginario comió de todo y viajó de regreso con cada uno a nuestros barrios y países. Se nutrió de las conferencias y documentos oficiales, de las multitudes y aglomeraciones, de los temas de los debates, de los encuentros entre comunidades, organizaciones y etnias que jamás se habían visto, de los besos borrachos de tanta discusión, de la música, del alcohol y el debate sucediendo por cualquier pasto, de comprobar que la otredad de cerca es siempre más familiar de lo que se espera, de las asambleas con pies con barro, de Manu Chao cantando "Giramundo". La visita al Río Guaíba, el recorrer 10 horas de ómnibus y estar ya en otro mundo, la sensación de que las fronteras importan menos que otras cosas, la delicia de saber que cada uno saldría de ahí con su propio relato, la comida barata y las ollas, la tomada de avenidas al lado de consignas que lo cambiaban todo de sólo leerlas, la fiesta como parte de la manifestación en los cuerpos de otras regiones, la multitud sostenida por días, la convivencia, las grandes preguntas, la sensación de construcción, despertarse y acostarse discutiendo, la libertad de no estar "en casa", hacer el amor erotizadas más que nada por la posibilidad del cambio, llorar de emoción, sentir en la piel de la multitud la llegada de transformaciones, constatar la existencia de una base militante capaz de dar vuelta el juego a nivel mundial.

Estas sensaciones, narraciones, imaginarios sobre lo que fue, eso que nos pasó, nos quedó en el cuerpo a muchos. Nos inyectó imágenes de posibilidades que no conocíamos. Y con esa inyección no sólo llegaron esas imágenes, sino una ampliación de nuestras capacidades colectivas de imaginar, de tal modo que cuando esas imágenes quedaron en el camino, otras diferentes ya empezaban a aflorar.

Imaginario autonomista: escucha y comunicación de las tácticas zapatistas

Un poco más al norte y desde unos años antes pero llegando a Uruguay con *delay*, el zapatismo fue esa llamita prendida, esa otra forma de organización y de política performativa, ese imaginario radical latiendo desde la frontera entre México y Guatemala. Creo que si muchos nos dimos el permiso de sostener durante estos años de progresismo pragmático, una voz utópica al interior de las organizaciones de izquierda, tiene que ver con la legitimidad que el zapatismo fue ganando para esa imaginación.

Desde su aparición en el 94 el zapatismo fue un shock; un shock a lo imaginado, a lo imaginario, a lo real.

17 años después. el 7 de mayo de 2011, 20 mil zapatistas llegaron a San Cristóbal de las Casas y desfilaron en solidaridad con el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) respondiendo a la llamada del poeta Javier Sicilia y el “Estamos hasta la madre”.

Después de marchas silenciosas de 50 mil indígenas el comunicado publicado era breve y empezaba preguntando: “¿Escucharon?, es el sonido de su mundo derrumbándose. Es el nuestro resurgiendo. El día que fue el día, era de noche. Y noche será el día que será el día. ¡Democracia! ¡Libertad! ¡Justicia!”.

El mensaje contaba con un audio de la canción “Como la cigarra”, compuesta en 1978, en plena dictadura militar argentina, por la cantautora porteña María Elena Walsh. La letra se convirtió en símbolo de la lucha por la democracia en Argentina: “Tantas veces me mataron, tantas veces me morí [...] al sol como la cigarra después de un año bajo la tierra, igual que sobreviviente que vuelve de la guerra [...]”.

¿Qué es una manifestación silenciosa que termina con un “¿escucharon?” sino un enorme acto de imaginación y creación? La marcha silenciosa fue la escena que activó mi relación con el imaginario zapatista. Ni rostros, ni pancartas, ni consignas, ni proclamas. Confusión semiótica, táctica comunicacional, desconcierto como arma de lucha política. Hacerse presente como mensaje. ¿Qué actos de imaginación son los que componen las manifestaciones zapatistas en el espacio público de la ciudad y de los medios? ¿Cómo los dispositivos tempranos de manifestación del movimiento impactan en el proceso de conformación de su identidad política (siempre en transformación)? ¿Qué le hace al movimiento sus formas de manifestarse?

La presencia zapatista ha forjado una estrategia de manifestación que en permanente mutación, ha sido capaz de condensar en gestos muy simples, ejes de sus luchas, problemáticas urgentes, invención de formas políticas de organización y pensamiento.

El zapatismo también constituye un momento de posibilidad para mi imaginario guerrillero, revolucionario, poético, político. La insurrección, la rebelión indígena, los líderes anónimos o ficticiales, los caracoles, la Sexta, la capucha, el silencio y la medida, la precisión comunicacional, la escucha, la poesía, la radicalidad, las traducciones del autonomismo cruzando de norte a sur y de este a

oeste todos mis hogares políticos. Me es imposible pensar al zapatismo sin pensar en mi relación con él desde acá, mediada por distancias de tantos tipos, por tensiones de tantos tipos, por traducciones a disputas locales. No puedo pensar en él sin Eduardo Galeano, ese militante amplificador. En sus *Venas abiertas* y en sus *Memorias del fuego* tomé contacto con una imaginación revolucionaria que ha sido determinante para tantas luchas y memorias del continente.

Desde sus revueltas fundacionales el zapatismo combina una táctica interna en extremo esotérica, con devenires impredecibles, no obstante coherentes con su pensamiento. Su inteligencia comunicacional basada en puestas en escenas expertas en manejar lo visible/invisible/silencioso/audible, la capacidad de autotransformación del movimiento para dialogar con movimientos emergentes y movimientos dentro del movimiento, la flexibilidad táctica, la relación con la tierra y sus ciclos, el pensamiento y crítica al rol de la mujer y formas de machismo implícitas en el movimiento, la rotación en sus liderazgos, y experimentos que podríamos resumir como polémicos en torno a la libertad y la disciplina.

Quizá sea polémico el devenir de las estrategias del zapatismo, especialmente las mediáticas, pero desde el sur fue y es a través de los medios que bebimos del zapatismo y sigue siendo extremadamente inspirador y movilizante. Por poner un ejemplo: la ola de ocupaciones de liceos en Uruguay en el 96 chorreaban zapatismo y no hubieran sido posibles sin imaginar que lo que resonaba de lejos podía tener sus efectos muy cerca.

Mi imaginación del zapatismo compuso en gran parte mi imaginario sobre la organización colectiva, sobre formas de vida en común y sobre la posibilidad de comunidades no jerárquicas. A veces prefiero no cuestionar ese imaginario. A veces sí. Los imaginarios nos sirven, otras veces nos desorientan, otras veces nos matan. Algunas veces nos salvan, nos permiten encontrar espacios de prefiguración y deseo donde todo indicaba apatía, frustración, destrucción. A veces imaginamos desde lejos y otras desde cerquita, casi desde adentro.

Imaginario feminista: juntas en público como forma de intimidad

Relatar las propias experiencias. Nombrar lo que puede desactivar la muerte de alguien. Decir lo que permite una vida más libre, con menos violencias. El feminismo me mostró en la cara que lo que imaginaba como normal se llamaba patriarcado; y a continuación desmoronó uno tras otro los imaginarios sobre qué era el amor, la justicia, el placer, la amistad, la vida misma. Imaginario que irrumpe para terminar con un silencio y proclamar que nuestros dolores resuenan con los de otros y pueden hacer temblar el suelo.

A veces hay que cuidar a los imaginarios de nuestras derrotas, pero otras veces hay que derrotar y hacer bien mierda algunos imaginarios para que otros aparezcan. El feminismo se trata un poco de eso.

Dejé demasiada vida en vínculos donde lo único que había para hacer era vivir en mi cuerpo formas de opresión. Tuve que desaprender formas de gozar (en la cama y en la calle), y aprender otras mientras al mismo tiempo sanaba todo lo que nunca había podido ver que me estaba doliendo. La imaginación de que otra vida, otro amor, otro sexo, otra yo son posibles, significa reimaginarlo casi todo.

Se habla de cómo el feminismo transformó la relación de las mujeres con los varones pero menos de cómo abrió complicidades entre nosotres develando que muy zarpadamente estamos rotas por dentro pero también entre. El feminismo hizo aparecer cómplices políticas por todos lados todo el tiempo y resignificó así radicalmente nuestro imaginario sobre con quiénes contamos para las luchas de y por una vida deseable de ser vivida.

El *callate que vino el hombre de la casa* fue el caldo que crecimos tomando y el cuestionamiento a esa lógica tuvo y tiene precios caros en nuestras vidas. Nuestra fortaleza ha sido imaginar esos costos como potencias, esos desgarros como nacimientos. E imaginar que lo que tenemos para hacer juntas es muchísimo. Estar juntas es imaginarnos juntas cada vez que solas encaramos la ruptura del pacto patriarcal.

No se sale así nomás de ver cómo el neoliberalismo y el machismo destruyen las vidas de tantes. Poder pararnos en el espacio público a afirmar que la violación es una práctica realizada y protegida por el Estado es algo que sólo podemos hacer si nos imaginamos –y nos confirmamos– juntas. Y cuando estamos juntas nos imaginamos aún más juntas luego de despedirnos. Es demasiada la rabia y el dolor como para enfrentarlos si no es junto a la comunidad experimentada presencial e imaginariamente.

El feminismo ha sido uno de los motores de creatividad militante a la hora de poner imaginarios en la calle. La resignificación de imaginarios en torno a las putas o a las brujas; los abrazos caracol y las alertas; la vulva, el clítoris y hasta la piel como lemas del movimiento, la resignificación de estereotipos, la denuncia de violencias, la performatividad de otra vida, la fuga respecto a los mandatos, la búsqueda de goce en la lucha, el vaciamiento de espacios, la ocupación de otros.

El imaginario feminista que actúa en las ciudades y en las casas ha logrado traer al plano de lo cotidiano, y al tejido de las relaciones afectivas, realidades que podrían ser categorizadas de alucinadas o delirantes hace algunos pocos años.

Feminismo es lo que imagino cada vez que en la calle grito junto a otras: “se va a caer”. Supongo que actuamos en relación a lo que logramos imaginar, y que nos encantamos de pensar que juntas podemos hacer algunas de esas cosas posibles.

Imaginarios que prenden, encuentros que abren, experiencias que transforman

Siempre se imagina desde algún lugar. A veces nos detenemos a preguntarnos desde dónde. Otras veces, el desconocimiento, voluntario o no, o la mera intuición pueden ser guías.

Mientras escribo, desgrabo, pienso y voy a más marchas, observo que mis hábitos tienden a valorar cada cosa en su especificidad y singularidad: ¿qué lugar deja esta mirada para el conflicto, las inequidades, las violencias, los desplazamientos que permanentemente se dan en y entre cosas que coexisten? El relativismo total puede acabar siendo una fuerza neutralizadora y aplanadora: todo tiene que ver con todo, nada es del todo una cosa, etc. A la hora de pensar la lucha social y la confrontación en el espacio público, el pluralismo posmoderno muestra sus límites. Perdida en el rizoma, por momentos me ayuda recuperar la noción de perspectiva. La movilización de protesta parte de un punto de la ciudad y desde una perspectiva. Y si no parte de una, la compone en tiempo real. La política es un juego de posiciones, en el cual la perspectiva organiza, aun en momentos de desorientación.

No hay una imaginación de la protesta ni una sola forma de hacerse presente la imaginación en la práctica de la protesta. Existen multiplicidades cuyas combinaciones a menudo nos diferencian pero también muy a menudo nos encuentran con todo lo que sí tenemos en común. La acción de imaginar puede ser pensada como acto individual pero es tan intersubjetiva como nuestras formas de desear, amar, luchar. Es desde ese encuentro entre lo personal y lo político, que la imaginación forma subjetividades singulares que son al mismo tiempo composiciones de experiencias, escenas y sensibilidades colectivas. Los imaginarios pueden ser nombrados y hasta institucionalizados en busca de hacerles producir identidades colectivas y bases organizacionales; pero no necesariamente es ese su momento de mayor potencia.

La imaginación que no puede preverse, esperarse, catalogarse o identificarse bajo etiquetas reconocibles es, en su capacidad de no caber en este mundo, productora de otros mundos. Esa imprevisibilidad tiene que ver con la creación pero también con la escucha; y a menudo con encuentros impredecibles entre personas y elementos que producen más que la suma de los mismos. La imaginación es abducción: lo que no se induce de los enunciados particulares, ni se deduce de los generales.

En permanente desenfoque, es presente llenándose de otras temporalidades. Escenas de saqueo aparecen, instantes de lucha, de arrebató, de conquista, de rebelión; ¿qué vínculos reales e imaginarios sostenemos con las genealogías de nuestras luchas en las acciones del presente? Una gran parte del trabajo de la imaginación pasa por destruir y reconstruir narraciones. La presencia de imaginarios fosilizados sobre los pasados de nuestros presentes entran

en disputa con aquellos que quieren emerger: el estatismo, las tradiciones versus el salto de trampolín que se da pisando a veces alguna tradición pero también saltando fuera, más allá, o hasta el fondo hasta agujerearla.

Como dice un amigo: la movilización callejera hace que nuestra identidad, a veces tan congelada, se suelte un poquito. Esa manera de representarnos frente a los otros, nuestros hábitos, nuestros prejuicios, nuestras creencias, nuestras formas de estar en el mundo. Cada movimiento que rompe con la normalidad hace que podamos experimentar al mundo y a nosotres mismos de otra manera. Nos permite una experiencia más presente, desde la situación en la que estamos. Nos permite entrelazarnos, vivir desde la presencia en común, y cuando estamos juntas en la calle, no necesariamente es que tengamos tales o cuales relaciones, sino que somos la relación, lo que está hecho y lo que está por hacerse, lo personal y lo impersonal.

No existe “una imaginación”, sola y en abstracto. Les otros y el contexto impactan en lo que somos capaces de imaginar. Aprendí mucho de mis imaginarios, incluso los que dejé atrás, los que reconstruí, los que traicioné y traduje en prácticas re-imaginarias con otros. A veces los imaginarios se organizan más en torno a preguntas que a respuestas, y esas preguntas, cuando son políticas, implican la vida con otros desde el primer signo de interrogación.

Si las diferentes luchas con sus imaginarios contruidos entre experiencias y colectivos, fueron mi escuela militante, en esas luchas me encontré con personas con quienes entablé vínculos más o menos cercanos. Con algunas vivo hasta hoy, con otros manteneamos amistades de décadas, con otros nos conocemos de la calle y, sin nunca haber hablado, ya sabemos un montón por convocarnos a los mismos lugares.

Repasando y narrando experiencias que han sido claves en mis imaginarios de protesta desde el presente, me encontré en muchos momentos pensando junto a amistades que podría decir que son más políticas que personales. Me vi en diálogo constante, imaginario y real, con ellos y con otros, me vi influida y también disintiendo con ellos. Traer a algunas de esas compañías a estas páginas sobre imaginación y protesta, es lo que hacen las siguientes entrevistas. Diálogos que son como una puntada en un entramado de conversaciones salteadas y mezcladas, promiscuas y deseantes que precedieron y que se sucederán (ojalá) a esta publicación. Conversar también es abrirse a imaginar con otros.



Entrevistas a amigos

MARIA DELIA CUNEO ^(URU)

GABRIEL DELACOSTE ^(URU)

CELESTE ROJAS MUGICA ^(CH)

DIEGO VALERIANO ^(ARG)

VITRINA DYSTÓPICA ^(CH)

VERÓNICA GAGO ^(ARG)

Diálogos cómplices
sobre imaginación
y protesta

MARÍA DELIA CUNEO

Imaginar con los pies

Montevideo, Uruguay
Bar de L. A. de Herrera y Rivera
27 de julio de 2021

María Delia es militante feminista, integrante de la Coordinadora de Feminismos de Uruguay, el colectivo ¿Dónde están nuestras gurisas?, y co-creadora del colectivo Decidoras Desobedientas, que allá en el 2000 abrió la escena de la performance y el feminismo para muchas en Montevideo. En el 8 de marzo de ese año hicieron su primera intervención con una vulva enorme por la que pasaban para renacer, y también usaron por primera vez la consigna que las acompaña hasta hoy en día: No hay que tenerle miedo a la libertad.

Es una referente del movimiento feminista radical en Uruguay y encima unos 30 años mayor que la media, por lo que el imaginario de las niñas acuerpa en ella y en la posibilidad de compartir calle, discusiones o un tabaco.

La conozco de la calle y las asambleas, y aunque nunca nos habíamos sentado a charlar mano a mano, sé que tiene cosas para contarme de un imaginario que compartimos. Confiar en la autoorganización por sobre todas las cosas, politizar permanentemente los modos de organización, crear una tras otra performances para abrir o cerrar manifestaciones feministas. Con las Decidoras Desobedientas y con Ensayos Despatriarcales –colectivos feministas y artísticos movidos por el deseo de pensar y practicar la creación de puestas en escena de ciertas problemáticas, violencias y luchas de mujeres en la calle– ha creado abundantes propuestas integrando danza, poesía, canto, percusión, actuación o intervención del espacio público.

María inició su historia de lucha en la militancia estudiantil del gremio del Liceo IAVA (un emblema en lo que a formación de militantes se refiere), pasando por la organización clandestina y armada, la cárcel, sostener una librería dentro de una facultad en Montevideo y volcarse intensamente al feminismo, en el que sigue caminando mientras imagina con los pies.

La primera pregunta que quiero hacerte tiene que ver con la relación entre imaginación y política. ¿Cómo has experimentado ese vínculo desde tus prácticas y movilizaciones?

Ha sido desde el principio una especie de descubrimiento. Nada pre-pensado o preestablecido, no es como que ahora usemos lo que imaginamos para hacer política. Simplemente pensar la política desde otro lugar nos llevó a imaginar otras cosas. Pensar que no más discursos pero sí cuerpo, sí experiencia, sí espacio; nos llevó también a imaginar organizar otras formas, e imaginar otras formas nos llevó a hacer otros discursos. Es el proceso que hemos hecho colectivamente.

Haciendo memoria de esos procesos de imaginación, ¿cómo dirías que se dan en colectivo? ¿Qué tipo de práctica es imaginar en colectivo?

La imaginación surge desde el propio pensamiento. Nosotras pensamos, una situación, por ejemplo el tema del aborto. Uno puede conceptualizar el aborto, la opresión, nuestros cuerpos, pero después decidimos lo que queremos poner en la calle: ¿cómo hacemos? Y ahí es de donde empieza, desde el discurso, la imaginación. Y ahí empiezan a veces las contradicciones, porque a veces una imagina algo que se contradice con el discurso primario. Entonces se va construyendo eso que es un producto totalmente distinto, porque cuando lo pones en el cuerpo y lo haces, cambia. Esa es mi experiencia. Muchas veces hablamos, “me gustaría decir esto y esto” y, bueno, cómo lo decimos. Y cuando lo empezamos a hacer, ahí surge otra cosa. Se transforma totalmente.

¿Cómo es desde tu experiencia el encuentro, la disputa o el choque entre imaginarios que emergen colectivamente, irrumpiendo para desestabilizar los imaginarios hegemónicos o patriarcales, y esos otros que están ahí en la calle muy instalados y consolidados a nivel social y con los que la manifestación se encuentra en la calle?

Siempre ha sido diferente. Te cuento sobre la que creo que fue la primera intervención que hicimos en la calle, en el 2000: tenía que ver con la violencia y la repetimos muchas veces, la reformulamos, le pusimos música. La última vez la hicimos el 25 de noviembre pasado en la explanada de la intendencia.

Es muy sencilla, son dos personajes, femenino/masculino o como le quieras poner, pero uno que seduce y otro que es seducido, uno que violenta y otro que es violentado, y eso se hace con el cuerpo. La primera vez en la feria Tristán Narvaja nos gritaron tortilleras, locas, la gente, los feriantes, gente que corría a los niños y les decía “no mires”. Porque además terminaba de una forma bastante dramática, en el suelo, ensangrentadas, con un impacto visual importante. Lo que nosotras nunca hicimos fue un post, nunca dijimos vamos a hacer tal cosa y nos pueden encontrar en tales redes y vamos a ir a la manifestación tal. Hacíamos las cosas y nos mandábamos mudar y nunca supimos qué pasaba con eso. De todas aquellas, sobre todo mujeres, que nos miraban nunca supimos qué les había quedado. Siempre apostamos a que algo había cambiado. Nunca nos interesó registrar. Siempre hicimos las cosas primero porque teníamos ganas de hacerlas, primero fue el deseo de hacerlo, y luego fue el encuentro con otras personas, fuera donde fuera.

Escrito en la calle y en los cuerpos.

Que quien quisiera hacer algo con eso lo hiciera, que le sirviera para pensar lo que quisiera, que la indiferencia, la bronca, o lo que fuera que surgiera, se lo llevaran las personas.

En lo que contás aparece algo que tiene que ver con los afectos. Me pregunto cuáles han sido los afectos que esos actos imaginados, primero, y realizados después despiertan a la interna del colectivo, y también en ese otro momento en que los afectos salen a la calle, en que se exponen.

En realidad son dos momentos distintos. En el momento de la creación, la afectividad circula en el sentido básico de afectación, de afectar y ser afectadas. No del afecto del cariño sino en su otra connotación. Está siempre presente la amorosidad, el cariño entre nosotras, pero más que nada se trata de disparar una idea, una cosa, un gesto, acá, acá, acá y todo va resonando. Esa es la parte de la creación. La parte después del afuera también es muy intensa pero ahí surge el pánico escénico, o no exactamente pánico, pero definitivamente un encuentro con el afuera que suscita varias cosas. Entonces siempre salimos muy movilizadas de formas distintas, muy controversiales entre nosotras.

Siempre hay momentos de tensiones después de presentar; no sé que es, pero tiene que ver con el afuera. En la creación no, la creación fluye; no todas somos iguales ni pensamos lo mismo, y aun en esas diferencias, en esas controversias, esa afectación hace a la creación. En el afuera parecería ser que quedamos tensas. Cada vez que salimos a la calle, volvemos y empiezan las discusiones, las controversias, ya lo tenemos incorporado. ¿Por qué? No lo sé. Nunca tampoco hicimos una gran investigación de ese hecho, es una constatación de la realidad. Como que hay algo de la experiencia que relocala las ideas, las organiza de alguna forma, y tiene que ver con eso, con el encuentro con el afuera, con el encuentro con las personas, con la mirada hacia nosotras.

Entrando ahora a un registro más biográfico o personal, quería invitarte a identificar escenas, vivencias, o experiencias concretas que entiendas que marcaron tu imaginación política; momentos en los que de alguna forma se condensó algo o nació algo o algo en vos cambió.

Eso lo he trabajado pila y tiene que ver con la calle. Tengo el recuerdo de que yo era chica, hija única, muy cuidada, no me dejaban jugar en la vereda, fui pupila en un colegio muchos muchos años; entonces yo estaba en casa y yo sentía la calle, los gurises jugando, y me desesperaba. Una sensación que la volví a repetir muchas veces en mi vida cuando no pude estar en una marcha, en una manifestación, cuando estuve en cana. Esa sensación que tiene que ver con el afuera. Después leyendo a Carpentier, en *El reino de este mundo*, que termina en el levantamiento de España con Fernando VII y la gente sale a defender al rey, hay decenas de manifestaciones y la protagonista está dentro de una casa y en un momento cuando siente la multitud que camina y grita, abre la ventana, sale, y desaparece en la multitud. Creo que eso ha sido lo más importante y tiene que ver con esto que he hecho después durante mi vida, salir.

En tu relato aparece la presencia de este pasado y vivencias de muchas décadas de militancia; pasados que, a su vez, van conformando modos de imaginar futuros. ¿Cómo habitan en vos las presencias de estos pasados y de los imaginarios que

vienen de ciertos relatos sobre los pasados de las luchas?

Y yo creo que nunca lo he vivido como demasiado pasado, capaz que porque por mucho tiempo los he estado trayendo y sacando, poniendo y sacando, volviendo a traer, regurgitando y volviendo a tragar, así que para mí es lo que yo soy. Yo soy lo que fui y lo que estoy siendo. No lo veo como un pasado. Obviamente mi mirada de hoy resignifica muchas cosas, les da un sentido, que quizá estuvo en el momento y no lo ví. No es que ahora el sentido cambió, yo creo que el sentido estaba, quizá yo no lo viví exactamente como lo puedo vivir ahora, pero el sentido está, estuvo siempre.

Y sobre tu devenir como militante, me gustaría pedirte que me cuentes un poco por qué lugares has pasado, en tu práctica política, a lo largo de tantos años.

Por muchas, muchas cosas. Fui militante estudiantil, fui parte de las ocupaciones del movimiento estudiantil, fui parte de una organización clandestina, guerrillera y no del MLN. Estuve presa, después acá durante una época, yo salí en plena dictadura de la cárcel, y no se podía hacer mucho, pero en la medida en que después se volvió a juntar la gente volví de vuelta a la militancia, estuve en la construcción de muchos espacios, políticos de los cuales me fui yendo, yendo, yendo, yendo, porque no toda mi vida fui feminista por lo menos conscientemente. Soy de la generación que piensa que la revolución cambia todo, es la panacea de todos los males. Entonces me costó un tiempo darme cuenta de que no todo era lo mismo, hay cosas que son distintas, cosas que se repiten y cosas que son orígenes de las otras. Eso me lo dio el feminismo, y el feminismo me llevó a irme de todos esos lugares. De todo lo que es la política partidaria, institucional, patriarcal. Lo cual no quiere decir que no haya seguido militando en lugares mixtos, en luchas mixtas, compartiendo con otros seres. Pero no como el lugar de construcción de pensamiento.

En este devenir en el que imaginaciones sobre el futuro van pasando por diferentes etapas y actualizándose, ¿cómo sentís que la práctica política fue transformando los cambios que buscabas o imaginabas?

Creo que fue a través de la misma práctica. El hacer, y el reflexionar sobre lo que

hacemos. Sobre todo el tema del hacer.

Discrepancia que tengo con mucho de lo que hoy se llama feminismo: la falta de práctica. O sea, hay un feminismo que está bien, es de la academia, pero no tiene una raíz en nada en concreto. A mí una frase que me gusta (que no sé quién la dijo pero yo la adopté) es que vos pensás con los pies, vos pensás donde caminás. Si vos caminás en la oficina pensás como oficinista, si caminás en el barro pensás como una chacarera o recicladora, si caminás por el asfalto pensás de otra manera. Si andás en auto pensás de una manera, si vas en ómnibus pensás de otra manera. Medio materialista o muy radical, pero me sirve para pensar. Para mí las cuestiones tienen que ver con cosas que hemos hecho y de las cuales he sacado mis conclusiones, mis reflexiones, hechos que han suscitado otros hechos y que una dice “ah mirá por dónde va la cosa”. No hay mucho más.

Y pensando la imaginación también desde ese materialismo (se imagina según donde se pisa), y a la imaginación como algo que se entrena, una práctica y no una facultad mental que nos viene dada, ¿cómo crees que se entrena una imaginación subversiva? Porque también hay mucha imaginación yendo en la dirección del orden legitimado y reafirmando, y ese también es un gran imaginario que no es sólo de quienes están intentando transformar, sino que tiene que ver con un estado actual del mundo y de un régimen de poder que se sostiene en unos ciertos imaginarios, como el realismo capitalista. ¿Cómo se entrena la capacidad de sostener una imaginación a contrapelo del imaginario patriarcal capitalista?

Yo creo que trabajando la intuición como un género privilegiado de conocimiento. Escuchándonos, escuchando los ruidos que hacemos, las contradicciones que hacemos y yendo por ahí. Nunca pensé una definición, pero me parece que la imaginación más que pensar en algo que no está, es descubrir algo que está y no se ve. Por eso lo junto con esto de la intuición como género de conocimiento. Como ese flash cuando estás viéndote, yéndote a tus cosas más profundas, a tus dolores, a tus contradicciones, de repente hay algo que te conecta con cosas que pasaron, no solamente cosas que te pasaron a vos, cosas que les pasaron a otras. Y hay un momento que es como una foto, como un tac, y ahí cambia. Entonces no es que hay algo nuevo, hay algo

que estaba pero la configuración cambia, entonces parece diferente.

Tomando lo que decís de la intuición, ¿qué intuís sobre el futuro de las maneras de manifestación y de protesta en el espacio público?

Eso sí que es hacer futurología. Hay una cuestión entre lo necesario, lo posible y lo querible. Si fuera por lo necesario diría que va a ser algo que dé vuelta a todo esto, porque es inaceptable, no podemos vivir así. Si mirás lo posible decís “pah, no”. ¿Dónde está la materia prima que encienda la cuestión? Así que la realidad es compleja. La verdad es que no sabría decirlo. Yo creo que hay una forma de hacer las cosas, que es la que hemos hecho nosotras por mucho tiempo, que es muy subterránea, incipiente, muy chiquitita, que tiene que ver con esto de la radicalidad, pero no la radicalidad sistémica sino la otra. Lo radical de la imaginación radical, en términos más filosóficos; del imaginario radical de una sociedad, que podría estar puesto en juego. Pero me parece tan trabado todo, capaz que estoy medio pesimista ahora, pero lo veo con tanta opacidad. Lo que puedo avizorar y lo he experimentado es que a veces te encontrás con algún grupito haciendo alguna cosita chiquitita y decís “qué bueno, mirá, está ahí”. Pero después viene la otra cosa que avanza, como el oleaje, blaff, que parece aplanar todo. Yo espero que no quede abajo, que quede algo, ¿no? Que, como dicen los zapatistas, el río no se perdió, que está abajo y después sale por otro lado. Espero, eso espero.

¿Qué formas concretas de materializarse ves que tienen estas formas de imaginación radical?

Hay cuestiones que no hemos podido sortear, que son las cuestiones organizativas de cada grupo. Cada vez que se juntan unas personas se organizan de una misma manera, no importa para qué sea. Nos juntamos cuatro para ir a la esquina y nuestra forma de organización se repite. Y es una gran dificultad. Eso persiste. Sin embargo, hay otras cuestiones que hablan de una desobediencia a los mandatos. Y eso me parece interesante. ¿Que después den cuenta de formas de organización que sean correspondientes a la desobediencia? Yo por ahora eso no lo veo. Lo que veo es ese gesto de desobediencia, de desobediencia

consciente. No de rebeldía (“ah, ta, no me importa, tiro todo a la mierda”), sino de qué puedo hacer yo en esta práctica chiquita para contradecir lo hegemónico. Pero vuelvo a decir, las formas de la organización se repiten, no hemos podido, por más que se hable de la horizontalidad, dejar de repetir las viejas fórmulas de organización que son las fórmulas de existir del patriarcado. Verticales aunque no queramos, aunque digamos horizontales. La cabeza dice una cosa pero el resto actúa en el sentido contrario.

Se encuentra con los hábitos...

Y, no puede forzar, no tiene la suficiente fuerza. Y para mí tiene que ver con las prácticas; no hay prácticas lo suficientemente fuertes que expandan lo otro. Porque lo otro se expande en la medida que hay una práctica. Tengo un ejemplo: la lucha armada. En su momento no era que todo el mundo, todas las personas, toda la militancia estuviera enmarcada en algún tipo de práctica de la lucha armada, sin embargo, la lucha armada forzó una radicalidad del pensamiento que abrió algo. Después los avatares de las cosas son distintos. En ese sentido, hay prácticas que rompen y abren, que van en ese sentido del imaginario radical donde cambia la propia práctica y cambia la organización. Para mí el tema de la organización es súper importante porque da cuenta de cómo hacemos las cosas. Por ejemplo, yo veía a la gente en Chile y hay una foto maravillosa en la que están con una honda gigante. Son como cinco que están tirando de la cosa para tirarle piedras a los milicos. Y yo dije: “qué fantástico... ¿Cómo alguien se sentó a pensar eso?” Pues de la necesidad y de la práctica de alguien surgió eso que es una herramienta. Que tiene un fin y que se construyó a partir de una práctica concreta y una necesidad concreta de ir más allá de la hondita y la piedrita.

La imaginación como capacidad colectiva

Montevideo, Uruguay

25 de julio de 2021

Por el 2015, y en pleno boom de las marchas del progresismo, conocí a Gabriel quien, con otros amigos, había creado el blog Fósforo que daba que hablar por esa época. En esos tiempos el progresismo ya se caía a pedazos, pero lo que pasaba en la calle daba signos de que algo estaba muy vivo.

Nos enamoramos (no del proyecto sino entre nosotros) imaginando hacer un libro sobre marchas en Uruguay desde un foco etnográfico o de observación participante. En medio de estos devenires políticos rioplatenses, y después del asesinato de Nadia Vera, nacía el proyecto de la Liga Tensa con urgencias no elegidas. Organizamos por entonces una charla sobre terrorismo de Estado en México y ahí arrancó una conversación y colaboración política que sigue en curso.

Gabriel es politólogo, ex docente universitario y periodista en el Semanario Brecha —que se autodefine como periodismo independiente, de investigación y de izquierda. Integra el colectivo Entre y dialoga con diferentes organizaciones políticas y sociales. Hace años se dedica a imaginar mundos post-capitalistas, y si no ha perdido, entre tanto análisis de coyuntura, la capacidad de imaginar es porque algo vibra ahí. Cada vez que puede mete la cuestión de la utopía en las discusiones. Es coautor de *La reacción, derecha e incorrección política en Uruguay* (Estuario, 2019) y de artículos como "Los límites de la articulación: los movimientos sociales en el Uruguay frenteamplista"; "Movimientos sociales: Nuevos escenarios, viejos dilemas" (2015); "El ochenismo. El retorno a la democracia. Otras miradas" (2016); "La cuestión plancha. Más allá de la tolerancia. Ciudadanía y diversidad en el Uruguay contemporáneo" (2014). Actualmente escribe un libro sobre nacionalismo popular y latinoamericanismo católico a partir de la figura de Alberto Methol Ferré.

Quiero empezar preguntándote qué es para vos la imaginación política.

Es la conjunción entre dos palabras: imaginación y política. Entonces está bueno empezar por cada una. La imaginación es una cualidad mental, perceptiva, que tiene que ver con la posibilidad de producir imágenes (pero que no tienen por qué necesariamente ser visuales, pueden ser lingüísticas, conceptuales o sonoras, auditivas, sensoriales) de cosas que no están ahí, es decir que no son percibidas directamente por los sentidos y que por lo tanto producen la posibilidad del desdoblamiento respecto de lo existente. Es ver lo que no está, de algún modo. Lo que no es. Y lo que no es incluye, pero no se reduce, a lo que podría ser.

Uno puede imaginar cosas que no son posibles; uno puede imaginar cosas que fueron, que ya no están, y uno no sabe cómo fueron. Como uno no sabe exactamente qué es posible y qué no es posible, la imaginación está en un lugar de indeterminación. Uno no sólo no sabe si algo va a pasar, no sabe si puede pasar, no sabe si hay una diferencia entre lo que va a pasar y lo que puede pasar.

La imaginación tiene que ver con la proyección. Muchas veces, uno antes de hacer algo se lo imagina. O se imagina lo que quisiera que pase, o se imagina ciertos pasos que podría dar. De hecho por ejemplo cuando Marx define al trabajo, diferencia lo que hace una abeja con lo que hace el ser humano, diciendo que lo específico del trabajo humano tiene que ver con la imaginación. El ser humano se imagina lo que va a hacer antes de hacerlo.

En cuanto a la política, no me voy a poner a definirla, pero digamos que tiene que ver con las capacidades colectivas. A mí no me interesa tanto la relación con el Estado, con los políticos, pero sí con la construcción de capacidades colectivas.

Entonces, evidentemente la imaginación política tiene que ver con la posibilidad de imaginar formas de construcción colectiva. Entonces la pregunta es: ¿Qué formas de construcción colectiva, de vida colectiva, de poder, de capacidades, de movimientos, de divisiones de trabajo, de redistribuciones, de arreglos sociales, de instituciones, somos capaces de crear en la imaginación, sean o no sean posibles, pero en todo caso imaginables? Y esa imaginación puede crear posibilidades en la medida en

que juega un rol en qué es lo que definimos hacer. Lo que no quiere decir necesariamente que toda acción tenga un momento previo en el que se imagina un resultado completo, pero sí hay como una secuencia, en la que las acciones se van intercalando con imaginaciones sobre lo que esas acciones abren o hacen posible. Y al revés.

¿Qué escenas, experiencias o acontecimientos vividos hacen a tu imaginación política y de protesta? Pensando desde un punto de vista afectivo, en las cosas que te pegaron a nivel biográfico, si querés.

Una cosa que te podría decir es que fui criado por ingenieros socialistas. No súper radicales, socialistas del Partido Socialista. Socialdemócratas uruguayos, muy laicos, muy científicos, en su forma de pensar, muy progresistas, y eso me dio siempre una matriz muy optimista y bastante voluntarista de lo que es posible. Como posibilidad de proyecto. Y de decir, bueno, uno lo que quiere lo tiene que visualizar, lo tiene que pensar y lo tiene que hacer, con un gran optimismo sobre la capacidad de la humanidad para hacer lo que quiere hacer y para crear una buena sociedad. Y eso venía de una trayectoria, si bien muy traumada y aburguesada, de la historia de la izquierda uruguaya, en el caso de mi familia muy identificada con el Frente Amplio. Con una gran explosión de alegría con el triunfo del Frente Amplio en 2005, y con una idea, por lo menos en los primeros años, de que en el gobierno del Frente Amplio se estaba construyendo una sociedad mucho mejor. Y que eso tenía que ver sobre todo con la proyección de un Estado más protector. Yo creía en eso. No dejé de creer del todo. Yo creo que en todo caso, si construí otras perspectivas, la construí sobre la base de eso. A partir de eso y yéndome de ahí. Después fui profundizando sobre varias cosas. Mis primeros trabajos fueron en la cátedra de teoría política de la UDELAR; entonces tuve un acercamiento muy filosófico y teórico a algunas cuestiones, con una gran simpatía por el marxismo. Pero el marxismo no da muchas respuestas a la cuestión de qué sociedad imaginar. A mí siempre me gustó, en los lugares donde me tocó trabajar y pensar, hacer un ejercicio maximalista, de decir, si estamos acá, en este espacio, ¿Qué es lo más que podemos

lograr? ¿Qué es lo que estamos aspirando como eje estratégico? Siempre tuve mucho esta sensación de que había lugares que eran amarretes con sus propias ideas. Con sus propios deseos. Pero preguntar “¿A dónde vamos?” siempre me pareció muy importante; en los lugares de militancia, en los lugares de trabajo intelectual, esa es una pregunta que tiene fundamentalmente que ver con la imaginación.

Después, cuando empecé a estudiar más historia y empecé a militar más, a conocer más los vericuetos de la política y del Estado uruguayo, de la Universidad de la República, del Frente Amplio, de Montevideo, y también a indagar en los libros de historia del Uruguay, o en el trabajo de Amparo Menéndez-Carrión, por ejemplo, empecé a ganar una noción de lo extraordinario de la capacidad colectiva del pueblo uruguayo en la historia, para construir instituciones democráticas, que no implican simplemente una especie de pueblo moderado y manso que respeta las instituciones, no. Las empresas públicas, la propiedad colectiva de ciertos bienes estratégicos y su defensa política ante los intentos de privatizar, la democracia directa, la idea de que las grandes instituciones tienen que tener direcciones colectivas; esto viene de la vieja discusión ballista sobre el colegiado y toma forma en un montón de lugares, en las empresas públicas, el cogobierno en la Universidad de la República; la idea de que los estudiantes como sujetos subalternos en un proceso educativo –pero lo mismo se podría pensar para procesos productivos– tienen voz y voto en las decisiones. Ver a los estudiantes organizados y participando del cogobierno en mi trabajo en la UDELAR me parecía muy conmovedor, muy utópico. También está el cooperativismo: yo trabajo en una cooperativa, con todos los problemas que tiene, y me despierta mucho la imaginación sobre lo que se podría hacer, con procesos de trabajo organizados de forma democrática y horizontal. En Uruguay el cooperativismo es muy importante. Entonces eso: democracia directa, direcciones colectivas, cooperativismo, cogobierno, propiedad pública, mucha vida en el espacio público, muchas manifestaciones muy festivas, todo eso me despertó una imaginación. Me da la sensación de que uno podría imaginarse una sociedad muy bella, una sociedad muy vivible, muy virtuosa, en términos ciudadanos, a partir de la radicalización de las ideas implícitas en las

grandes construcciones del pueblo uruguayo. Me interesa una imaginación utópica en torno a eso: ¿cómo sería una sociedad que estuviera en su conjunto organizada en torno a este tipo de principios, sacándonos de arriba los intentos capitalistas de subordinarnos? Eso es algo que me interesa mucho porque me encuentro permanentemente a mi alrededor con resistencias y revueltas en el nivel micro contra los intentos de las élites nacionales e internacionales de gobernar a este pueblo, y también con reservas políticas utópicas condensadas en prácticas e instituciones en las que vos y yo circulamos cotidianamente. Entonces eso ha formado mucho a mi imaginación.

Pensando en los momentos de manifestación política en el espacio público, ¿qué rol o de qué formas te parece que aparece la imaginación?

Siempre que algo se planifica y se proyecta la imaginación juega. Por la negativa diría que en Uruguay las manifestaciones son muy repetitivas, hay una gran institucionalización de la manifestación como actividad, todo el mundo sabe qué manifestación, de dónde sale, a dónde va, a qué hora es, qué día es. Hay poco lugar para lo nuevo. Una manifestación en Uruguay que a mí me parece extraordinaria, que es muy criticada por cheta pero que en realidad es muy masiva, muy popular, es la Marcha de la Diversidad. Para mí, en la época en la que la teoría queer era prestigiosa y era plausible que cualquier sujeto se planteara un devenir hacia lugares subjetivos fronterizos en términos de deseo y de identidad, la Marcha de la Diversidad era un lugar utópico donde había lugares para las identidades en sus diferentes formas, pero también un gran espacio para que quienes venían de lugares hegemónicos de la identidad performaran y participaran de un lugar donde la idea de diversidad habilitaba una convivencia plural y creativa. Y eso me parece bastante extraordinario, festivo. De hecho la Marcha de la Diversidad fue la única marcha masiva que se hizo el año pasado en medio de la pandemia. Y eso fue muy atacado por el oficialismo, si bien no fue reprimido por la fuerza; es bien interesante cómo la comunidad o las comunidades de la diversidad sexual no se dejaron intimidar por la amenaza de ser declarados portadores de la peste –porque

ya lo habían sido históricamente. Creo que hay algo de memoria colectiva ahí. El acto de imaginación de crear la Marcha de la Diversidad en el Uruguay de los 2000 fue muy desafiante y puede ser malintencionadamente leído como una especie de irrupción liberal y cheta en una tradición que venía de otro lugar; yo creo que no es así. Me parece que en Uruguay tenemos muy poca comprensión de que, en una sociedad moderna, lo popular tiene que ver con lo pop. Y eso la Marcha de la Diversidad lo entendió muy bien.

Después, en la Marcha del Silencio o en las grandes marchas de cierres de campaña de plebiscitos –por ejemplo, en la marcha del No a la Baja o en las grandes marchas contra los proyectos punitivos de la derecha–, se encuentran físicamente las izquierdas como en ningún otro lugar, porque no hay otro espacio donde pueda convivir alguien del Partido Comunista con un centro izquierdista, con un anarco, con un inorgánico más o menos de izquierda, con los artistas contemporáneos, etcétera. Cuando voy a esos lugares siempre regreso muy impactado, no sólo imaginar sino de ver materialmente cómo sería lo que todos podríamos hacer juntos. Porque ahí estamos, cada uno con sus banderas, cada uno en su lugar, cada uno con sus razones, pero todos. Y eso a mí me resulta muy utópico, me despierta mucho la imaginación. Esa es mi postura política de algún modo, mucho más que cualquiera de las que están adentro.

La Liga Tensa tuvo como primer nombre Manifestación a Futuro y quería recordar esta primera formulación para preguntarte qué imágenes te vienen cuando pensás en el futuro de la protesta.

Yo creo que, si los últimos años nos sirven de muestra, va a haber muchas manifestaciones en el futuro. Estamos en la era del estallido. Y hay manifestaciones muy creativas. Hubo años de acampadas en plazas: Tahrir en Egipto, Grecia, Turquía, Sol en Madrid, Wall Street en Nueva York. Después hubo años de estallidos: los Chalecos Amarillos en Francia, el estallido chileno (y en éste la aparición de una estética pop vinculada al animé muy extraña). La aparición o reaparición de otros imaginarios y otras estéticas, otras banderas, en marchas como las de la CONAIE en Ecuador o los mapuches en Chile. Que no es que antes no estuvieran pero sí que toman otro protagonismo en las últimas décadas. No

sé cómo eso impacta en Uruguay, que tiene otra configuración social.

También creo que estamos y vamos a una época de gran represión. Si bien no creo en las imbecilidades de las teorías de la conspiración, el COVID habilitó la posibilidad de la regulación estatal de la presencia en el espacio público de una forma más estructurada y más agresiva que hasta ahora; creo que vamos a ver a la represión como algo mucho más común. En Uruguay estamos muy poco acostumbrados en las últimas décadas a la represión en las manifestaciones (o en algunas de ellas, porque a los anarquistas y a los ecologistas los cagan). Pero, por ejemplo, en Chile los cagan a palos en todas las manifestaciones. Eso depende del lugar. Creo que estamos viendo cómo en los “países democráticos” se hace muy común la represión a manifestaciones. Al movimiento altermundista en los dosmiles lo reprimieron un montón, al movimiento negro en Estados Unidos lo reprimen un montón, y me parece interesante cómo en algunos lugares la represión es respondida, no es exitosa, y los policías no logran controlar las situaciones. Las manifestaciones están logrando un montón de innovaciones tácticas para lograr eso, que yo no las entiendo muy bien pero es notorio que lo logran. Y creo que aprender de eso y que algo del futuro va a tener que ver con formas de presencia en el espacio público que logren derrotar a los intentos de evitar que aparezca la manifestación. Y no digo en una batalla campal sino con su ingenio, con su conocimiento, o con sus capacidades colectivas.

A final de cuentas, la manifestación es la presencia colectiva de los cuerpos en gran cantidad, que produce la imagen de una voluntad colectiva irreductible, que hace colapsar los mecanismos de representación. Como dice la canción: “si esto no es el pueblo, el pueblo dónde está”. O, como dice Artigas: “Mi autoridad cesa ante vuestra presencia soberana”. Entonces, la presencia inhabilita los mecanismos de representación. Si vos reprimís al pueblo en la calle sos directamente una tiranía, porque no estás gobernando en nombre del pueblo. Y si el pueblo reclama en gran cantidad, algo tenés que responder, entonces es muy difícil separar a la manifestación como tecnología política de la manifestación como ritual. Porque hay algo de mágico en pensar que si

mucha gente camina en una misma dirección cae el gobierno; y eso es inseparable de la imaginación política, porque es esa presencia colectiva la que materialmente crea la posibilidad de imaginar una situación política diferente en un montón de situaciones. No es raro que una gran manifestación cambie el terreno político general.

¿Qué otros posibles futuros de la manifestación te imaginas más allá de eso?

Yo creo que hay un futuro imaginable, no necesariamente más probable pero sí a tener en cuenta, que es que la manifestación deje de existir por un aumento de las capacidades represivas. Y hay otro quizás peor: el de manifestaciones hiper reguladas como en el fascismo, una gran manifestación, una gran puesta en escena de la presencia colectiva, en nombre de proyectos totalitarios que regulen estas multitudes a través de mecanismos de control y manipulación afectiva de enorme escala. Creo que las tecnologías sociales y digitales de organización social hacen posible el fascismo también por eso. Y también las técnicas de espionaje, las cámaras y el armamento del Estado también hace posible la desaparición de la manifestación como institución social. Y después, no sé, yo creo que en la era neoliberal al menos en Uruguay ha habido un vaciamiento del espacio público como espacio de vida cotidiana, y si pensara en algo que me gustaría imaginar es en que la manifestación exista en una zona de frontera no del todo clara con una vida cotidiana colectiva en el espacio público. En un espacio público de calidad donde se pueda estar mucho tiempo, donde se puedan hacer muchas actividades; la privilegiada entre ellas, reunirse colectivamente a hacer política, a escucharse, a discutir, a hacer asambleas, a enseñar, a hacer manifestaciones en términos de mostrarse juntos, a hacer procesiones hacia un lugar o hacia otro, sean velorios o conmemoraciones o reclamos. Algo que en la memoria uruguaya es muy común es que los viejos te cuentan de un pasado en el que el espacio público era usado de una forma mucho más intensa y mucho más gozosa que ahora, para jugar futbol, para conversar, para tomar mate, para mirar a la gente pasar, para festejar cosas, las fiestas en las plazas, en las calles, y eso es algo que a mí me gusta imaginarme para el futuro.

Esculpiendo barricadas

Santiago de Chile

26 de julio de 2021

Celeste es chilena y vive en Argentina, pero también vivió hace un tiempito en Montevideo donde nos conocimos como amigas de amigas y por Rebelarte. Luego los cruces en las marchas, algún tabaco compartido en algún festival callejero o cumpleaños, espacios varios de activismo y creación en los que ahí estaba su ojo para incitar la mirada.

Intuyo que es primero militante y después artista, y me lo confirma en la conversación. Su experiencia generacional-regional está marcada por la dictadura y su vida comparte mapas con heridas dejadas por el Plan Cóndor. Hablamos de los diferentes climas latinoamericanos y de imaginarios que vienen de experiencias propias y de otros. Con la confianza en la práctica y en lo que deja huellas, aunque parezca que no, Celeste integra en su investigación memorias colectivas, historias ocultas, la pregunta por la mirada, violencias impunes impresas en los cuerpos, pasados, presentes y futuros, dialogando permanentemente.

Un gran ejercicio de imaginación política da lugar a sus obras como: *Una sombra oscilante*, diálogo con el archivo fotográfico que su padre produjo durante su militancia en Chile y sus once años de exilio en Ecuador; *Instrumento para estrellar*, en el que colaboró como directora audiovisual y montaje, de una pieza de Diana Szeinblum sobre la gestualidad que emerge de las movilizaciones sociales en la Latinoamérica de los últimos años; *Ejercicios de aridez*, sobre la imagen de un enorme cuchillo corvo trazado sobre el desierto de Atacama, recibido dentro de un sobre anónimo por una mujer, miembro de una agrupación de familiares de ejecutados políticos en Calama, Chile en el 2011; o *Inventario iconoclasta de la insurrección chilena*, un archivo anónimo, libre y dinámico a partir de imágenes a monumentos intervenidos, modificados, derribados y levantados, entre octubre de 2019 a la fecha, en el territorio comprendido por el Estado de Chile.

¿Qué se juega en la relación entre imaginación y política desde tus experiencias militantes y sensibles?

Siendo las nueve de la noche voy a tirar lo primero que se me venga a la cabeza, que siempre está igual inscripto en mi práctica artística, porque es desde donde me aproximo a pensar en general. Y muy atravesada por los procesos políticos recientes, principalmente en Chile, que han abierto un campo quizá más potente o más fluido para la imaginación que siento que hasta entonces estaba un poco más limitada o negada. Y que, de pronto, como si se abriera una canilla imparabile, se abrió esa perspectiva. Al menos a mí me pasó que aun teniendo conciencia de las limitaciones de un sistema que no estamos realmente desarmando, igual en el universo simbólico se abrió esa ventana hacia la imaginación, y hacia una imaginación colectiva de lo político, que también venía muy fracturada. Por mi experiencia familiar biográfica, siento que venía pensando la cuestión de la imaginación política, de ciertos horizontes políticos, muy hacia adentro. Creo que eso tiene que ver por un lado con una cuestión traumática, de mi biografía, que está muy atravesada por el hecho de no decir, no nombrar, porque corremos peligro. Ese evento traumático daba pie a esa imposibilidad de compartir la imaginación, por la amenaza, pero también por el hecho de no sentir resonancias. Lo que me pasó con el estallido social, si lo llamamos de ese modo, fue sentir que habían unas resonancias y que entonces había un campo fértil como para echar a andar eso que hasta ahora estaba muy en el universo de lo privado.

¿Cómo los acontecimientos recientes te hacen releer los imaginarios latentes y/o presentes en las manifestaciones y en la revuelta chilena? ¿Qué imaginarios llevan a ese estallido y cuáles nacen de él?

Yo creo que el ejercicio de la reflexión es algo bastante reciente luego de la acción, del estar con el cuerpo dispuesto para el hacer más que para el pensar. Con el estallido lo primero que me pasó fue muy corporal. Y muy espontáneo, y siento que pasaba así en general. Entonces hay algunas cosas que vinieron después, del orden del pensar, que son muy recientes, y me parece lo más interesante de aquello que aconteció y que sigue aconteciendo es esa disputa de

lo simbólico, como un terreno de posibilidad, donde en realidad no tenemos muy claro hacia dónde nos está llevando esto y es interesante porque en ese sentido desarma la idea del orden y de lo lineal. Y sin embargo es muy conducente igual, hacia el hacer, y hacia el desarmar, y hacia el volver a armar, en ese sentido también de la imaginación política. Imaginación y política, están ligados por un lado al pensar posibilidades pero también al hacer, porque la política es la praxis. Y siento que justamente son imaginarios y hacerlos los que se están poniendo en discusión ahí. Un imaginario sobre cómo fue construida nuestra identidad, sobre cómo fue levantada la idea de un Estado-nación, una narrativa lineal que de pronto dijimos: a ver mirémosla, salgamos a mirar cómo estamos siendo narrados o cómo hemos adherido sin pensar a eso que nos contábamos que éramos, o que somos. Y así entra toda la potencia de imaginar otra narrativa, otro relato, otra batería de elementos que nos constituyan.

¿Cuáles sentís que fueron los imaginarios que entraron a irrumpir?

Yo creo que los imaginarios de lo común. La resonancia de sentirte parte de una cuestión más colectiva que viene también a problematizar el asunto del individualismo. En ese campo de lo común hay de todo. Está el campo de lo común de aquello que nos aqueja pero también de aquello que nos da goce, placer. Creo que tengo más claro lo que se puso en cuestión, que claridad sobre aquello que vino a añadirse. Porque creo que es algo muy en proceso, esas piezas que vinimos a incorporar. Concretamente algo que vino a instalarse con mucha fuerza es la cuestión mapuche, que viene a pensar sobre el extractivismo, sobre cómo es nuestra relación con el universo, con aquello que nos rodea, cómo nos relacionamos con los recursos naturales y el despojo de todo, de lo material, el despojo cultural. Y es relevante la cuestión mapuche porque tiene una tradición de lucha que hasta entonces estaba bastante invisibilizada y que se puso en primer lugar de una forma muy extraña. De pronto estaba todo lleno de banderas mapuche y una sabe que la mayor cantidad de población mapuche vive en la ciudad, pero uno no tiene ese vínculo con el asunto mapuche en las grandes urbes. Entonces, de pronto era como

cruzarse con esas expresiones que estaban aconteciendo en forma subterránea. Para mí eso es clave porque viene a poner encima la cuestión de la construcción de ese Estado-nación que es Chile, o que es cualquier Estado-nación en América Latina, con sus pequeñas diferencias pero atravesados por el colonialismo. Y que tiene que ver también con la explotación capitalista hoy sobre los territorios, y que tiene que ver con la disputa simbólica y cultural.

Lo que decís me lleva a que los imaginarios consolidados son más fáciles de identificar pero quizá por eso ya perdieron algo de su potencia como imaginarios. Y en eso que irrumpe, que interrumpe, la materialidad de la imaginación es otra. Ahora, pensando en tus experiencias más políticas personales o subjetivas y en cosas que interrumpen, ¿qué sentís que te ha marcado, si pudieras referirte a algunas escenas concretas de movilización donde algo pasó, tomaste contacto con algo, algo se movió, y que condensa elementos o etapas de la construcción de tu propia sensibilidad e imaginario político? Esas cosas que pasan y nos hacen ser quiénes somos. No tiene que ser del ahora ni tampoco tiene necesariamente que ver con lo más importante o relevante sino con escenas, experiencias que afectaron tu imaginación política.

Yendo muy para atrás está la experiencia atravesada por la violencia del Estado. Retomando lo de la experiencia más biográfica, algo muy constitutivo de mi forma de sentipensar el mundo está dada por la violencia del Estado ejercida directamente sobre el cuerpo de mis padres. Ahí hay un núcleo inaugural del relato que me antecede que es muy determinante, incluso en los momentos en que intento huir de eso, no hay modo. Eso forma parte de mi interés como artista porque me atraviesa en lo más profundo del corazón. Mi sensibilidad está puesta muy primariamente en ese lugar. En la relación entre la violencia y el poder. Creo que me interesa primero porque mi familia fue víctima y al mismo tiempo resistió directamente la dictadura. Y después toda la experiencia que tuvieron como consecuencia de eso: la migración, el retorno y ciertas amenazas siendo niña, en fin. Yo nací en dictadura y hasta mis tres años viví en dictadura y luego los primeros

años fue una democracia muy, muy inestable. Escenas, por ejemplo: mi padre siempre muy asustado, muy temeroso de aquello que pueda pasar por el hecho de hablar. Y luego se me ocurre una escena de la vida cotidiana. Me acuerdo de un día, en una manifestación de diciembre del 2019, en el marco de todo el proceso del estallido social, llegué a filmar una esquina donde siempre los manifestantes se enfrentaban a los pacos y era temprano, no era aún el horario en que se vuelve masivo. Y había unos pibes como de secundaria, de 16 años más o menos, que estaban en medio de una barricada y con el guanaco (el carro lanza-aguas) a lo lejos. Uno de ellos estaba minuciosamente construyendo un castillo, con muchos adoquines que había sacado atravesando toda la calle, armando una estructura como hasta prehispánica en su forma, muy triangular, medio piramidal, medio maya, pero con mucho cuidado y concentración, armando esto que tenía una supuesta finalidad pero una finalidad muy inestable, y al mismo tiempo potente, de ser una barrera contra la policía. Y ganando desde lo estético una potencia alucinante. Estuve mucho rato observándolo y filmándolo, mientras él iba con mucho cuidado posando cada uno de esos adoquines para que mantuvieran el equilibrio. En medio del caos, en medio de las sirenas, de los gritos, en medio de todo que se fue poniendo cada vez más denso. Esa imagen es algo que yo conservo como imagen simbólica de ese proceso. Que estaba puesto ahí, con mucha ternura además.

Yo trabajo con las artes visuales entonces mi procedimiento es muy de mirar y algo que llamó mucho mi atención de ese tiempo fue el hecho de cómo la gente miraba lo que estaba pasando; la gente se subía arriba de los árboles, arriba de una plataforma y se quedaba mucho tiempo mirando. La acción de manifestarse estaba dada muchas veces por el mirar. Y después también lo de tirar piedras, disputar el espacio público. Pero a mí me atrajo mucho ver esto de la contemplación. Creo que tiene que ver con que para nosotros la ciudad estaba de repente tan transformada, de un día para el otro, visualmente. Y ahí te das cuenta de la capacidad que tenemos de transformar las cosas. Era otro espacio que de pronto emergía y existía. Eso era increíble.

¿Te agarró ahí o en Buenos Aires?

Yo sabía un poco la que se venía porque venía hace rato agitándose. Estaba muy atenta y tenía la posibilidad de irme pero tenía que ajustar algunas cosas, y entonces estaba todos los días averiguando, antes del 18 de octubre, que fue el día del estallido. Llegué al otro día a Santiago, fui para eso. Yo tenía ganas de estar ahí porque intuía que algo iba a pasar, sentía algo indefinido, como una promesa de potencia, pero también quería estar ahí con mi viejo, ver qué le pasaba con todo esto. Yo hace un tiempo trabajo con su archivo de fotos, con las fotos que tomó en dictadura, y algo me decía que esas fotos de pronto se iban a poner en un diálogo muy directo con lo que estaba pasando en las calles.

¿Qué devenires te imaginas sobre la manifestación del futuro o el futuro de la protesta? No tiene porque ser plausible o incluso deseable... ¿qué imaginas?

No me había hecho esa pregunta. No sé. Yo creo que algo de la experiencia propia de manifestarnos y confluir en ese espacio y en esa experiencia hace que complejicemos nuestras formas de actuar, de responder. Esa experiencia es muy valiosa y es posible que eso acontezca sólo por causa de vivenciarla. No es un saber que puedes adquirir leyendo. Tal vez hay algo de la memoria transitiva, de que alguien te cuente, pero después hay un saber que para mí está puesto en entender que cuerpo y razón no están separados y entonces hay que presentarse con el cuerpo en esas experiencias para realmente devenir otra cosa.

Y confío plenamente, cuando estoy desesperanzada de todo el proceso, de todo lo que pasa en el plano institucional, de cómo se absorbe eso, de la frustración, mi cabeza trata de dirigirse a pensar en la experiencia misma que ha sido, y confío en aquello que se vivencia, que vivenciamos. Me acuerdo cuando era más chica que participaba más desde el movimiento estudiantil secundario y se tomaban los liceos por mucho tiempo, y luego siempre mi reflexión era que, bueno, igual volvimos a lo mismo, pero hay una experiencia del compartir, del dialogar, del hacer, que no se nos va a olvidar y que eso va a determinar nuestra forma de ser. Pero no me imagino cómo va a ser eso en un futuro.

Justo ayer en el cumpleaños de mi papá, la mamá de mis hermanos contó algo que no

sabía: que Einstein al parecer dijo, en algún momento, que la tercera o cuarta guerra mundial iba a ser a camotazos, a pedrazos, a golpes, desde lo más primario de nuestra fisicalidad y nuestro estar en el mundo. Ya superado el asunto del avance de la tecnología, mientras que uno tiende a pensar que se va a complejizar en esa línea...

Otro posible futuro...

Después está todo este mundo de la complejización de los aparatos de control y de identificación, y las distintas estrategias que desde las resistencias se construyen. Es una relación de fuerzas muy desigual y entonces es muy difícil. Yo cuando pienso en eso me abrumo, porque ni siquiera teniendo toda la disposición del mundo tengo tiempo para entender esos aparatos de control y, luego de entenderlos, encontrar estrategias. Me cuesta mucho cuando me voy a ese *dark side of the world*.

Imaginar futuros negros vale también.

Sí, se ve oscuro.

DIEGO VALERIANO

Imaginar como todo lo que no es ruido

Buenos Aires, Argentina

29 de julio de 2021

Diego Valeriano no escribe sobre las marchas pero sí sobre las manifestaciones subterráneas y desobedientes de protesta. Algunas tienen como única proclama la vida de quienes las sostienen. Jamás va a cubrir una manifestación de protesta pero su escritura produce todo el tiempo, como una impresora 3D, cierto estado de ánimo, cierta afectividad, cierto tono muscular. Mapeando con la palabra –aunque también la defenestra–, va pensando lo impensable mientras dice que no puede pensarse. La búsqueda de un nihilismo sin depresión o, más bien, para no hacerse demasiadas ilusiones. Muchas veces me jode lo que dice, por no estar de acuerdo o porque me interpela directamente y eso me interesa. Logra que el desencanto transmute en odio al poder y no en el bajón, y eso en estos tiempos vale mucho. Como género: rabia creativa.

Nunca nos encontramos en vivo y no sé casi nada de él, pero el problema de hablar, pensar o hasta defender lo subalterno nos convoca en una charla en la que se cruzan Lobo Sueltol!, amigos y examigues, ecos tardíos del 2001, la vida académica, los estudios de la cultura popular, la creación artística tragando el asco al arte, el intento de no volverse careta y, de todas maneras, saber que muchos te ven exactamente así. Vivir con las traiciones en busca de lo vivo.

Es autor de *Eduqué a mi hija para una invasión zombie* (Red editorial, 2019), *La No Sufras o la ética del segundeo* (Milena Caserola, 2021) e incontables artículos en Lobo Sueltol!.

Durante la entrevista su imaginación de la protesta se contraponen al ruido. Sin embargo, un error de grabación, me hace tener que reconstruir un audio casi imposible. La entrevista es una re-imaginación de Valeriano a partir de un archivo ruidoso, casi inaudible.

¿Cómo ves desde tu experiencia la relación entre imaginación y política? ¿Qué pasa ahí en ese encuentro-desencuentro?

Voy a arrancar pero no sé por dónde.

Pensemos que hay una relación directa de la imaginación política con las cosas que no se ven. Como que habría una no imaginación en lo que se llama política o política del ruido-redes, medios, votos, campañas, elecciones, opiniones urgentes, ciertas ideas que se llaman ideología, por un lado. Y por otro, una política sumamente imaginativa en las nuevas luchas, nuevos mundos, nuevas cosas por crear. La imaginación política es toda lucha nueva que escapa al ruido.

Por ejemplo, el colectivo Yo no fui, de Argentina, que trabaja con las presas en las cárceles; me parece que ahí hay una potencia de la imaginación que está puesta al servicio de una lucha. La política del ruido es la política de la campaña, de los medios, es todo lo contrario a la imaginación. Cuánto más imaginación, más te alejas del ruido. Entonces, imaginación como reverso del ruido, como forma de salir de la visión política del mundo.

Y está la política, como el activismo que realiza Yo no fui, ciertos activismos ambientalistas que resisten hoy en día en Argentina, y ciertas movidas que no sé si ponerlas como políticas o no, que con mucha imaginación resisten los dos mandos, el más neoliberal o el mando de la runfla estatal. Dos formas de mando contrarias a la vida.

Vincularía la imaginación a estar lejos del ruido. Ruido sería el Twitter, el posteo, hablar de salud mental porque le pegan un tiro a un chabón que estaba re duro o re loco. Ruido sería hablar de una piba muerta solamente porque salió en los medios, hablar de un pibe asesinado porque el victimario es contrario a tu signo político. Ruido es hacer caso, decir jefa, indignarse a la moda, refugiarse en ideas de otros. Creo que la imaginación es la vida cuando brota por fuera de tanto control, de tanta sujeción, cuando escapa. Es *resetearse* y tener una fuerza nueva.

Justo en estos días tengo que dar una charla sobre el movimiento piquetero, y me parece que ahí hubo una imaginación, igual que la imaginación de las pibas cuando hablaron del aborto; tomaron la calle, las escuelas, los trenes, se mandaron cualquiera. En ese momento hubo de parte de las pibas y de los pibes una gran imaginación en un lugar donde nadie

la esperaba. Hay un vínculo muy propio entre imaginación, adolescencia, plebeyismo. Les pibes que luchan son pura imaginación y desobediencia. No quieren ser gobernados. Imaginación política es no querer ser gobernados. Es conquistar la autonomía.

Imaginación como eso que nadie se esperaba y cuando se empieza a parecer a lo que esperabas deja de ser imaginación, ya no tiene efecto. No es que no pueda ser efectiva pero ya no crea mundo. Lo imaginativo es hacer algo que hasta ese momento no se creía que se podía hacer. Creer que se puede algo que creíamos que no se podía.

Me gusta mucho la pintada, el juego de estar pintando una pared e ir por la ciudad de una manera tan potente, bien subterránea, ni llego a politizarla. Pero creo que ahí hay una batalla por la ciudad, por cómo se vive la ciudad. No es que esa lucha modifique algo. Pero los pibes están ahí luchando por cómo se expresan las paredes, disputando espacios con códigos propios con otras bandas que pintan, contra la propiedad privada, contra quienes ordenan qué es lo bello, qué se dice y cómo. El problema de la imaginación lo transita quien está luchando.

Y también depende del momento. Cuando era guacho ir a ver a Los Redondos era sumamente imaginativo. En un momento de pura sumisión social esos recitales se armaban a fuerza de lucha, de viaje y fiesta como espacios nuevos de encuentro y resistencia. Lo que pasaba en los recitales excedía a la banda y a la música. La imaginación política estuvo en tomar los recitales como algo propio, como un territorio más para buscar aire necesario para vivir. En esos encuentros, en esas posibilidades, en esa no obediencia está la imaginación.

Porque cuando la política sólo está en el ruido –enfrentar al macrismo, enfrentar a Lacalle Pou– es obediencia. La imaginación se da cuando no se obedece y se sale a ver qué onda con otras y otros. Yo que soy una persona ya muy mayor esa posibilidad solamente la dejo a los pibes. No creo que esté bien que vayamos nosotros que estamos muy en la mente, sin capacidad de rehacer sobre la marcha.

¿Por qué te parece que hay espacios donde la imaginación moviliza y puede ser potente por momentos, pero luego tiende a pudrirse, a (re)organizar y (re) fijar identidades,

a solidificarse y fosilizarse? ¿Qué imaginarios sentís que huelen a podrido en Argentina hoy en día?

Hoy tienen olor a podrido los movimientos sociales, las alianzas como forma de organización, cierta liturgia, cosas que ya no dicen nada. Me parecen fosilizados los movimientos de derechos humanos. No las luchas por los derechos humanos. Jamás cuestionaría a Madres, que en los noventa nos ayudaban a vivir frente al desastre y la derrota. Pero a partir de este siglo encuentro cierta burocratización del movimiento de derechos humanos que se ancló demasiado en el pasado y dejó de mirar el presente.

Con el movimiento piquetero sabíamos que las hipótesis del conflicto habían menguado bastante después de la masacre del Puente Pueyrredón. Pero seguíamos en la gilada porque era como una postura. Seguíamos haciéndonos los combatientes, seguíamos jugando para el ruido, para que hablen los analistas políticos. Todo movimiento que se mediatiza, todo movimiento que acepta la visibilización, pasa a ser capturable y es utilizado. Lo que empezó siendo polenta se fosiliza, se burocratiza, pierde la calle. Lo imaginativo que era estar en la calle pasa a ser una cuestión burocrática, aunque sea en la calle.

Cuando fue toda la movida del aborto que estaban las pibas, que pusieron en la calle el enfrentamiento, y estaban ciertas intelectuales, panelistas, actrices fosilizando una lucha, y las pibas agitándola en la calle. Ahí está muy claro el movimiento de fosilización por un lado, y de imaginación por otro.

¿Qué tipo de subjetividad política puede generar colectividad a partir de imaginarios que son más viajeros o más fugaces, pero que igual generan modos de comunidad?

Lo que genera vínculo y transformación es creativo. Lo activo, la decisión de moverse, de ir a pelear porque no queda otra y no tanto una decisión tan estructurada, rígida, coherentemente ideada, de transformar algo. La explosión más que la organización. Pienso en el 2001 acá en Argentina, en todo lo que vivimos antes, como eso que casi no está contado. Pienso en lo visible, el ruido que vino después, los militantes, los intelectuales, los profesionales, las efemérides. A partir de ahí se arma para el ruido y ya no dice nada.

Me queda la pregunta de qué hay en ese no decir nada.

Que no transforma a nada ni a nadie, que no se crean nuevos lazos comunitarios. Ya es parte del sistema, la política, los medios, el poder económico, el poder estatal, son más de lo mismo. Lo que transformó a la gente, a la forma de pensar el territorio, a la forma de desplazarse, de obedecer, de no obedecer, esos son los momentos de mucha, mucha, mucha fuerza.

Adoptando un registro quizá más personal o biográfico, ¿cuáles serían las cosas que viviste, tal vez no directamente, pero que sientas que marcaron de alguna forma tu imaginación, escenas de la calle, de enfrentamiento, que de alguna manera te impactaron al punto de que algo de tu subjetividad se transformó?

Las escenas que me matan todo el tiempo son las de pibitos y pibitas, no importa la edad, puede ser de cinco años en adelante, que enfrentan al orden establecido sea cual sea ese orden. Como caminan bien pillos, medio gedes, no respetan ni los miramientos ni los mandatos de la calle ni del orden. Hay una escena de un pibito de ocho años que va a robar con un fierro, entra al negocio y apunta. Está la cámara de seguridad que lo filma y todos dicen: ¿cómo un pibito va a robar? El progresismo y la derecha se culpan unos a otros. Los nenes tienen que jugar, dicen, y con eso no dicen nada. Y yo digo: ¿qué mayor capacidad de potencia que un pibe así que toma la decisión de robar, se planta frente a todo (escuela, maestras, medios, la ciudad, los valores, los adultos), y roba. Hay que mirar la potencia donde hay posibilidad de enfrentamiento. Ahí hay potencia y creatividad. No importa qué pasó después, no importa el humanismo, me importa que son bombas pequeñas que explotan desenmascarando el ruido. El pibe del carro, las guachas que salen un sábado y mienten a toda la familia y vuelven y repiten el domingo. La potencia de los pibes y las pibas desobedeciendo el mandato me parece de un enfrentamiento hacia el sistema que nadie quiere, porque escapa a los códigos del ruido, son pura desobediencia. Un pibe corriendo con un fierro en el short y que no se le caiga me parece potente. Es donde me voy marcando una potencia de enfrentamiento, donde veo una potencia en la posibilidad de los pibes y las pibas de

luchar por sus intensidades, por la libertad, contra las maestras, contra las trabajadoras sociales, contra los profesores de baile, contra la sociedad, contra la policía, contra la gendarmería, contra la madre y contra el padre. Porque saben que la vida que toca es horrible y es antipotencia, es sujeción de la potencia.

Creatividad política sin decisiones demasiado pensadas, como decisión política vital. Ahí sí veo más intensidad, más potencia que me dice que hay cosas que tienen olor a rancio y hay cosas que no tienen olor a rancio. Ayer andaba con un amigo por un barrio, uno de esos barrios en los que hay que tener más cuidado de lo habitual. Dábamos vueltas buscando una casa y unos pibes en la esquina ya nos miraban mal. De repente vienen caminando unas pibitas de entre cinco y ocho años en la suya, riendo y jugando, yendo al almacén, saltando zanjas y para nosotros todo se resignifica. La potencia de pibitos y pibitas chiquitos habitando la ciudad, andándola y yendo a contramano del orden establecido. Esas me parecen escenas súper potentes de mundos por venir. Y no es un momento de enfrentamiento callejero, pero sí es un enfrentamiento en el corazón mismo del intercambio de los negocios.

¿Qué crees que puede venir o qué puede pasar a futuro con eso? ¿A dónde crees que puede llevar, si pudieras especular?

No, a ningún lado. Las fuerzas que están enfrente son muy superiores. Tienen mucho más actitud, están muchísimo más preparadas. Sí me parece que es mejor enfrentar que no enfrentar; es más interesante, más divertido, más vivible. Es cargarte de historias para contar, de más amigos y amigas. Sólo por eso vale la pena, para tener una vida más plena. Los que enfrentan tienen una vida más plena que los que no enfrentan. Y no importa tanto el resultado sino el proceso. O sea, es mucho mejor siempre no hacer caso que hacer caso. Haciendo caso la vida empeora, el problema es de los que hacen caso. Los guachines que van a la escuela, hacen caso, después trabajan 15 horas. No obedecer es más corto, también con más peleas. ¿Qué va a mejorar? ¿Qué va a cambiar? Nada. Las vidas van a ser peores, nuestro poder adquisitivo va a ser peor, el Estado te quita lo poco que podés tener y no te ayuda en nada, para todos

es peor. Por eso aprendamos de los pibes, que son irreverentes, irrespetuosos, piensan, viven, son pura vida, no obedecen.

¿No le tenés ni un poquito de confianza a la posibilidad de contagio de esa desobediencia?

Hubo una desobediencia grande en 2001 que nos llevó a un impasse. Puede ser que la militancia de las pibas y los pibes nos lleve a otros impasses. Vamos a perder siempre pero puede haber momentos de libertad en esos contagios. Los hay en algún momento pero son acciones de resistencia, de libertad que los veo muy pequeños. ¿Que valen la pena? ¿Que hay que hacerlos? Sí. Pero a futuro no lo veo, no lo veo ni en pedo. Los pibes, la resistencia que están haciendo en la comarca andina contra la megaminería es un espacio de libertad, dando la vida. No es que es una abstracción, no es que militan...militan por la vida. Y ahí están haciendo espacios de libertad. Se la están re jugando y le están dando aire, a sus hijos al menos por un tiempo. Ahí tenés un espacio de libertad. ¿Viste que joden acá con la grieta? Por la megaminería no hay grieta.

No importa tanto el futuro, se lucha por el presente. El futuro es lo de menos. Lo interesante es lo que va pasando mientras tanto. Si pensamos en el futuro la cosa se fosiliza. Es en el presente donde está la máxima potencia.

Pensando en tu escritura como un tipo de manifestación, ¿cuán en juego está ahí la imaginación?

A mí los pibes me transformaron con su actitud, con su irreverencia, con su manera de pararse. En algún punto escribo en contra de la gente que escribe contra los pibes y las pibas. Siempre se habla en nombre de ellos. En nombre de ellos, se habla de los derechos, se habla de las leyes, de educación, de un montón de cosas. Nunca se habla de la potencia de los pibes. Y si se habla de la potencia se habla de lugares super meritocráticos, se los *adultiza*. Un pibito de ocho años haciendo los dedos en V para una foto en la marcha de las madres u opinando en un videíto sobre feminismo. Hay ahí una *adultización* berreta de los pibitos que son simulaciones de potencia. Pero hay otra potencia de las nenas y nenes que nadie quiere ver porque nada va a ser igual. Es peligrosa esa potencia. Esa potencia

que veo todos los días me lleva a decir: che, ustedes no saben nada. Los que saben cómo vivir, los que saben cómo enfrentar, los que saben cómo irradiar esa libertad son los pibes y las pibas. Después, incluyéndome, todos ustedes no saben nada.

Hay un libro de Carrère sobre Phillip K. Dick que dice: “yo estoy vivo y vosotros estáis muertos”. Me parece que eso es lo que sienten los pibes y pibas: nosotros estamos vivos y ustedes están muertos. Están muertos porque creen en la política, en los medios. Me interesa muchísimo el pibe que va a robar, el que se escapa, el que decide vivir en la calle porque no se puede respirar más, la piba que dice basta, los que deambulan. No el que tiene algo para decir de manera adulta sobre la vida. Ése es un monigote.

¿Y esto de la traición como lugar de escritura?

Yo creo que hay una traición porque cuento algo que la demás gente no se dio cuenta. No sé si las pibas y los pibes tienen que rendir cuenta a los demás, pero yo lo voy contando. Y me parece que ahí hay una traición a su enfrentamiento subterráneo. Una traición, una ambigüedad. A mi me gusta igual esa traición y esa ambigüedad, y quizá parte de lo que digo es parte de mi imaginación.

Pero me gusta mucho contarle a pesar de que soy un traidor. Prefiero ser un traidor y no un ortiva o un botón. Yo los estoy traicionando pero ¡entiéndanme! ¿Cómo no voy a contar esto? Si son unos fenómenos, si son unos polenta bárbaros. Si nos enseñan a vivir todo el tiempo. Yo les diría: loco, dejame que cuente. Por ahí alguien aprende algo, por ahí aprendemos algo.

VITRINA DYSTÓPICA (Katya Javiera y Patricio Azocar)

Abrirse a lo inesperado

Santiago de Chile
6 de agosto de 2021

Escuché por primera vez sobre Vitrina Dystópica mientras vivía fuera del país y de Latinoamérica, en la época en que las etiquetas de facebook creaban relaciones. Habrán sido las etiquetas, quizá les amigues en común. Desde un Chile enigmático —que, por momentos, parecía el modelo más perfecto del ensayo neoliberal en el continente y por momentos el más frágil y vulnerable—, este colectivo hablaba con un léxico entre académico y militante que me llamó por próximo, me hablaba sin necesidad de traducir.

Pero una se identifica con aquello a lo que quiere parecerse —y no necesariamente con lo que una es— y, por ende, mi relación con el Chile pre-revuelto es bien diferente al actual. Con culpa, sin acontecimientos que ayudaran a actualizar mis imaginarios sobre qué es ser un país o sociedad revolucionaria, Chile caía para mí dentro del mapa de los países no radicalizados. Desde Uruguay se imaginaba más cerca Bolivia, Cuba o Venezuela que Chile, incluso cuando ya los regímenes apesataban hacía tiempo. La imaginación tiene sus tiempos. Y la lucha social también: en el estallido largo que de alguna manera empezó en 2019, todo un ciclo de múltiples revueltas, que venían desarrollándose hacía décadas, se hicieron visibles y condensaron en un quiebre, que abrió un agujero para la entrada de lo impredecible.

Fue tardísimo que leí un texto de la Vitrina del 2018 que me conmovió profundamente, y quizá me convirtió en amiga sin que ellos lo supieran. El título es “Amistades transfronterizas e inclinaciones estratégicas: intuiciones en torno al devenir molecular de la subversión en Chile”* y hacía hasta de los muertos una señal de la existencia de vida. Por entonces el colectivo hablaba de “la mutación con que, lo que hemos llamado infraestructura libidinal del saqueo y la rendición, incorpora la amenaza y la producción de miedo como un nuevo componente táctico frente al sadismo instituyente y el masoquismo meritante”. Ese principio no hizo sino extrapolarse y esa agudización se traspapeló también a

sus resistencias. Mientras el régimen iba por todo, se hacía simultáneamente más insostenible. Nombres de militantes asesinados se sumaron mes a mes después del 2018 en distintos puntos de la región (Macarena Valdés, Santiago Maldonado, Alejandro Castro). Mutilaciones, detenciones, tortura, terrorismos de Estado encubiertos bajo sistemas democráticos liberales. No es pavada seguir sosteniendo que “la realidad no es capitalista” cuando los cuerpos se llenan de heridas y duelos.

Sin saber mucho por qué y sin nunca habernos sentado a conversar, sentí que tenía que hablar con ellos para pensar juntas la imaginación y protesta desde las diferentes experiencias que atravesamos. A la conversación con ellos me convoca un gran deseo; imaginar que las fuerzas destituyentes podrían no detenerse en las fronteras y seguir viajando el continente; percibir desde el tiempo aún tumultuoso y desordenado de los procesos en Chile las formas en las que evitar volver a la normalidad (palabra abusada en estos tiempos). Querer al conflicto, querer la inestabilidad y también cansarse de ella.

* <https://dystopica.org/2018/10/27/amistades-transfronterizas-e-inclinaciones-estrategicas/>

Me gustaría arrancar preguntándoles qué afectos, experiencias y sensibilidades les remite la relación entre imaginación y política

KATYA JAVIERA: La imaginación la pensamos como una posibilidad de inventar, de crear cosas, modos, relaciones y eso es altamente político. Cuando nos invitaste a este encuentro, sin saber a qué veníamos, pero con estas dos palabras: imaginación y protesta, estuvimos haciendo un recorrido de diferentes momentos en nuestras experiencias. Y conectamos la imaginación con ellas, como ese campo de posibilidades de hacer, de actuar, en medio de lo que son las protestas; esas interrupciones de un continuo en que la imaginación se muestra como el modo más concreto de interrumpir algo. Esa dimensión política de lo que nos interrumpe un cotidiano.

PATRICIO AZOCAR: Hoy día nos juntamos un rato a almorzar, como decía la Katya, como para poder darle una vuelta a la cosa. Nos preguntábamos por ese momento en que imaginación y protesta se encuentran. Los afectos que nos convocaban estaban dados principalmente por la fuerza de la ocupación de la calle; en segundo punto, por los escenarios de reunión; y en tercero, por las distintas variaciones de intensidad que han tenido durante años. Esa protesta que, en el caso de Chile, convoca una mirada retrospectiva “hacia los 30 años” de transición. Entonces, cuando nos preguntas sobre ese encuentro entre imaginación y protesta saltan hitos, momentos de variación de nuestras experiencia de reunión y, por otro lado, intensidades de una experiencia de fuerza, de fuerza de okupación callejera, con k.

En ese repaso que comenzamos a hacer, Katya decía que su momento empieza en el 2011. Siendo quizás la experiencia compartida, por una cuestión generacional, la que pudimos vivir el 2006 con la “revolución pingüina”. Pero en una clave más personal, empieza en 2004. Principalmente después de lo que fue la primera marcha anti APEC. Marcha masiva que se convocó en Santiago para la venida de Bush. Ahora uno lo piensa porque empieza a tejer puentes con otros lugares como, por ejemplo, los compas Erroristas en Argentina, a quienes conocemos. En la conexión entre esos hitos hay una especie

de intensidad latinoamericana, podríamos llamarle, que comienza en ese 2004. Yo me acuerdo que estaba en la educación secundaria, y que fui con mi madre. Fue una especie de convocatoria familiar. Desde ahí empieza una seguidilla de sobresaltos sobre los que se va desplegando esta especie de torbellino de experiencias de okupación de la calle y de esta potencia de reunión a la que me refiero. Podría decir que, personalmente, desde ahí considero que existe y me implico en una concatenación de intensidades de okupación y fuerzas de reunión: 2004, 2006, 2011, 2013, y así hasta el estallido. Sobre todo, porque no soy el único que ha considerado que el estallido convoca una especie de memoria en la que se encuentran esas variaciones históricas de intensidad.

Considerando esto, creo que si, en algún momento se encuentran imaginación y protesta o imaginación y manifestación, es justamente en esta especie de exploración de la memoria, donde la memoria tiene un lugar intermedio en el encuentro entre imaginación y protesta.

Como que la imaginación que tanto nos tira para ese tiempo del proyecto y del futuro, está llena de archivo y de memoria. Me hace preguntarme por las maneras en las que ese archivo se actualiza y crea y recrea relaciones entre pasados, imaginarios sobre el presente, imaginaciones pasadas del futuro. Actualizaciones que hacen que el pasado no venga para ser repetido sino para despertar esa potencia de creación. ¿Qué prácticas colectivas ligan a esos momentos de actualización del pasado que logran abrir (a diferencia de momentos donde más que activar, ese pasado termina obstruyendo la imaginación)?

KJ: Pensé inmediatamente en un momento en que estábamos en la Plaza de la Dignidad, ¿te acuerdas, Pato? Estábamos observando, ya llevábamos tres meses de estallido social y había una especie de coreografía donde iban pasando cosas muy parecidas siempre, todos los viernes. Había un recorrido que ya se podía reconocer. Y tuvimos una conversación sobre cómo se actualizaba eso, cómo hacer para que no se fijara, que no fuera capturado por los dispositivos de control policiales, que más o menos ya sabían para dónde se movía la gente, dónde eran las salidas, las entradas, había ritmo. Fue una pregunta que nos hicimos, cómo

se actualizaba in situ, de alguna manera. Porque igual había cosas distintas que iban pasando. Entonces, hay espacio para lo inesperado y de sucesos improvisados que acontecen que también empezaban a alimentarse de otras acciones. No era simplemente la confrontación, también eran espacios de cuidado, de gestionar el hecho de estar en la calle para sostener ese momento. Y eso fue algo que empezó a ocurrir bastante. Porque cuando parecía que iba a suceder algo que ya habíamos observado o vivido, aparecían otras cosas, sucedía otra cosa. Chicos o chicas que iban a cocinar, por ejemplo. O en medio de la protesta había pichangas, partidos de fútbol, cosas que empezaban a copar el espacio con otras situaciones.

PA: Quiero llegar allá, pero desde una cosa anterior. Porque la pregunta lo primero que me evocó fue que, antes del estallido social, los meses previos, estuvimos organizando una temporada radial que convocaba una serie de talleres y que titulamos “Futuro Anterior”. Esto surge a ras o en conexiones más o menos imprevistas con la anímica y sensibilidad de otros territorios y luchas. Sabemos que había una especie de complicidad transfronteriza, porque habían otras y otros compañeros en otros lugares del mundo que estaban armando preguntas con respecto al encuentro entre pasado, presente y futuro. Por ejemplo, mientras nosotros estábamos elaborando el taller, también estaban los compañeros de la Internacional de Allende, desde Alemania, levantando una intervención que realizaron en Chile durante agosto del 2019, aproximadamente. Una escena teatral en la que invitaban a personas a participar de un cabildo abierto simulando que estábamos en 2030, luego de haber acontecido un hecho revolucionario que había transformado la realidad del país. ¿A quiénes convocó esa especie de cabildo y performance de futuro? A distintas personas que habían sido parte del proceso de la Unidad Popular y que, para la jornada, fueron invitados a dialogar con referentes de organizaciones sociales actuales. Todo en esta situación simulada de “futuro presente que era capaz de invitar al pasado”. Imagínate que esto estaba pasando en agosto de 2019. Me acuerdo mucho de una de las performances, porque había dentro de los cabildos, de las

asambleas, “palos blancos”, como les llamamos acá a los actores, cómplices con la programación de la instancia, que tenían que hacer el punto de quiebre cuando, de algún modo, las asambleas estaban remando para el mismo lugar. Durante la intervención se abrían escenarios de discusión, promovidas de una manera muy prolija, todo en función de una teatralidad, de una escena, que realmente te sacudía. Creo que la performance, la escena teatral que permitía reunir experiencias de pasado, con experiencias de presente, simulando un futuro que estaba en este momento pasando, sin necesariamente estar aconteciendo como tal, era la pregunta que nos sitúa de cara a lo que va a pasar dos meses después.

Lo segundo que me evoca es que en “Futuro Anterior” hicimos con los compañeros de la Internacional de Allende una “conversa” radial que fue muy potente. Principalmente porque inauguramos el programa con un diálogo que habían grabado estudiantes secundarios durante las revueltas que habían sacudido todo ese 2019. Protestas que se daban en el contexto de la implementación de la ley “Aula segura”, a través de la cual el gobierno militarizó las escuelas. Nosotros leíamos en los hechos que la belicosidad del gobierno estaba militarizando una capacidad muy práctica de organización y de imaginación de otras escuelas posibles. Otras-escuelas que estaban gestándose al interior de estas escuelas que estaban completamente saturadas por el currículum tradicional, que no coincidía ni con los intereses ni con los deseos de la generación en curso. Efectivamente había una revuelta provocada por la imaginación colectiva de las y los estudiantes que estaba sacudiendo el contenido y los conceptos principales del canon curricular de las escuelas, así también los límites temporales de la cronología transicional.

Eso era lo que en esos momentos mantenía en vilo al gobierno, y también a las organizaciones de solidaridad, colaboración y apoyo a los estudiantes secundarios. Cuando iniciamos esa conversación con la gente de la internacional de Allende fue muy interesante cómo las preguntas que se realizaban estos estudiantes secundarios, dialogaban de maneras muy vivas con las preguntas de futuro que se habían hecho aquellas y aquellos que levantaron la Unidad Popular y que hoy hablaban del

Laboratorio Político de la Unidad Popular. Creo que en ese encuentro entre pasado y presente en torno a una pregunta con respecto al futuro estaba muy viva la idea de laboratorio intergeneracional, que es justamente lo que después en el estallido social aparece y transversaliza la experiencia de la calle, la experiencia de la okupación. Porque hay “cabritos” muy chicos en la calle con personas más “viejas”, tratando de compartir, una experiencia de malestar para la cual cada uno tenía sus propios conceptos. Entonces era efectivamente un laboratorio, un laboratorio en el que maneras de manifestación popular con performance, con ropas, con discursos, se reunían en una cuestión que realmente iba pa’ todos lados, era muy polifónica. Esos son los episodios que me parecen más vivos a partir de la pregunta.

Y vuelvo a lo que planteaba la Katya, porque cuando tuvimos esa discusión teníamos en mente el problema que surgía entre la estetización de la revuelta y las experiencias estéticas en la revuelta. Desde la experiencia muy viva que se producía en la calle y desde la cual se producía también una experiencia del tiempo y del espacio distintos. Sabíamos que la policía iba a llegar a la misma hora que llegó ayer. Sin embargo, la manera en que los cuerpos están de algún modo disponiéndose a esa llegada probablemente iba a ser distinta. Por otro lado, si están aquí, habiendo pasado todo esto semanas previas, es porque ya están con una especie de potencia de diferencia en el cuerpo que las tiene esperando que algo acontezca de manera distinta. Y al momento en que están a la espera, lo que están haciendo es reuniéndose, muy atentas y muy atentos a aquello imprevisto que podría llegar a plantear una diferencia durante el día. Todo esto considerémoslo dentro de una jornada de ocupación diaria en la que los cuerpos están muy cansados. Entonces, ¿por qué no están en su casa si están repitiendo lo mismo todos los días? Es que hay una cuota vital dispuesta en lo que hacen.

KJ: Y los desvíos que se producían. Algo estaba enrutado, pero de repente chocaba, se fugaban cosas. Hay algo de los desvíos en ese proceso de actualización; hay un trayecto que está contenido en una manera de aparecer, pero en ese azar de lo imprevisto hay algo que se actualiza y se vive distinto,

y creo que tiene que ver con esa potencia vital. Ciertas vivezas, de las que hablamos también en otro momento.

PA: La imaginación de algún modo está a la espera de lo imprevisto. Cuando todos esos cuerpos, que ya tienen la memoria y las marcas que les había significado estar en la calle todos los días viendo imágenes repetitivas, no estaban en sus casas afirmando el agotamiento de que todos los días algo se repitiera, es porque aún existía algo muy vivo que les mantenía atentas y alertas, al mismo tiempo, abiertos a algo imprevisto. Creo que esa apertura a lo imprevisto podría llegar a ser en este caso la imaginación. Esa capacidad vital de estar ahí imaginando que algo distinto podría llegar a pasar. De estar ahí y no perderselo.

¿Cuáles son las escenas concretas que consideran claves en su historia como sujetos políticos imaginantes? ¿Qué escenas concretas del pasado lejano o cercano, narrado o vivido, sienten que constituye su imaginario actual? ¿O su capacidad de esperar lo imprevisto actual?

PA: Dentro del colectivo venimos de trayectorias políticas muy distintas. Katya estaba en el 2011 en un escenario en el que se desplegó –con una manera de ocupar la calle muy particular– la imaginación estética de la revuelta de una manera más viva. Un momento donde empezaron a bailar, a hacer intervenciones performáticas. Yo vengo de una anterior, una a la cual uno iba a la manifestación de negro y muy enojado. Y cuando uno iba muy enojado pensaba en que no había tiempo para ese tipo de alegría en la calle, por el contrario, iba a tratar de transformar la rabia en cortes, en respuestas, en prácticas de autodefensa. Por allá en el 2011 estaba en la universidad y decíamos que algo de “esto del arte” podía estar apaciguando la rabia colectiva. Y creo que de algún modo, hoy en día, cuando quedó expectante frente a los resultados de una elección, considerando que yo no voté hasta el año pasado, asumo que existió un giro sumamente importante, una especie de acumulado de tristezas, de frustraciones e impotencias, que se dieron entre el 2011 y el 2019 que me hacen abrirme a lo imprevisto de estas otras maneras de agenciamiento colectivo, sin rechazar el sentimiento de contradicción que le

acompaña. Podría decir ahora que aquello que pasa en la fiesta, lo que sucede en la sola experiencia de jugar fútbol en la calle, de aquello que puede llegar a existir en una especie de olla común o en una intervención musical, es lo que hoy justamente dio cabida a estas otras experiencias de reunión, o a estas otras maneras de vibrar con otras y con otros, en la que la escucha más que la acción, o sea, la espera, más que la reactividad, se ha hecho mucho más patente y efectiva. De alguna manera, creo que la he sentido de manera mucho más viva, más productiva en el sentido de que produce otras cosas distintas a las que podríamos llegar a esperar del escenario de la represión y sus tristezas.

KJ: Para mí hay algo, una herencia o memoria de lo pequeño, lo mínimo que en mi hacer político empezó a ser muy predominante. Un momento en que el paro significaba también un corte de ciertas expectativas o ciertos relatos, tan con mayúscula. Justamente en esas experiencias mínimas es donde yo por lo menos empecé a fijar mi atención. Y a traer la experiencia de lo cotidiano, a los problemas y a las preguntas de lo político. Para mí tiene que ver con un agotamiento discursivo de los relatos con mayúscula, predominantes, y la atención a las minucias, a lo chico, a lo pequeño. Para mí empezó a ser muy significativo.

La atención estaba en los otros espacios, los espacios al margen del centro político, de ese modo de hacer. Este momento ha sido de atender a ese pasado pero incorporando problemáticas del presente que pasan por zonas de lo cotidiano. En mi trayectoria fue en esos lugares donde ponía la escucha.

PA: Antes de tener en el cuerpo el estallido social o la pandemia siempre estábamos yendo afuera de la cárcel, “que vamos y hacemos la interrupción en otro lado”, “que vamos y organizamos una jornada de conversación”... tratando de vivir a ras y agarradas con lo que está pasando en las calles con otras y con otros en esos lugares. Hoy, después de un año de pandemia y de confinamiento, he asumido y he afirmado, y me he reafirmado en términos vitales, también desde el adentro. Creo que el hecho mismo de tener el privilegio de poder estar en la casa me ha permitido empezar a refaccionar, a reencontrarme un poco también con ese otro afuera más interior.

Durante la pandemia me he armado una zona de cobijo ante el cansancio que supone el afuera. Una zona en la que he encontrado mucha creatividad y también muchas otras palabras para poder nombrar inquietudes que venían pasando de años anteriores. En términos muy concretos, desde el cuidado de las plantas, el cuidado de la tierra, del patio, de reencontrarme con cosas que había sembrado mi abuela, de juntarme más con las y los vecinos, en una especie de política más de barrio frente al desastre inmobiliario que hay en la zona. Temáticas a las que les he puesto atención que antes no me pasaban tanto por el cuerpo y a las cuales no les había puesto tanto ni en valor ni en interés.

Ahora hablabas del adentro y pensaba en cómo nos habitan y como reproducimos a veces o estamos en las luchas enfocadas siempre en lo que queremos construir, entonces la imaginación nos lleva por el camino del deseo. Pero también hay un trabajo de deconstruir imaginarios súper interiorizados y súper instalados ¿Cuáles son esos imaginarios a combatir?

PA: ¿Como colectivo también, no? Estamos en un momento de repensar la práctica del colectivo. Previo a la pandemia teníamos espacios de mucha reunión, reuniones para poder sostener la precariedad cotidiana. Después de la pandemia hubo una distancia, obviamente por esta cuestión de la no presencialidad, y por los cuidados también de aquellas y aquellos con los que nos reuníamos cotidianamente, como una especie de protocolo. De protocolo de cuidado. Esto nos ha mantenido con muchas conversaciones, pensando en consolidar de alguna manera este otro escenario de la práctica colectiva que está en proceso y que tiene que ver con habilitar un espacio dentro de lo que veníamos haciendo. De algún modo, tratar de dejar un poco las conversaciones de radio y ponernos más bien a producir un espacio de producción de conocimiento desde las organizaciones de base y de una manera distinta, que también permita hacerlo desde nuestros saberes y desde nuestras prácticas laborales.

Pensar en ese escenario.

KJ: Sí, se me vino con lo que estás diciendo de ese adentro, que está para mí marcado por esos modos de producción. Hay una pregunta ahí, de producción

y de reproducción. Ese adentro que está muy marcado por este momento de confinamiento, me ha llevado a esos planteamientos o a esa dimensión política, de cómo hacer. Y es interesante igual lo que estás diciendo, Pato, porque efectivamente creo que estamos en un momento colectivo de actualizar nuestra práctica y los modos en que nos encontramos.

Venimos charlando mucho de lo heredado, lo rechazado, pero también de sus posibles modos de actualización. Y ustedes están en medio de eventos que sucedieron en manifestaciones de protesta, una forma muy fresca de resignificarlo todo. Les quiero preguntar sobre esos imaginarios que en estos años fueron quedando por el camino pero fueron a la vez constitutivos. Lo que estaban imaginando o pensando hace tres, cinco o diez años. Quizá también hay una información ahí de cómo entra lo inesperado.

KJ: Hace cinco o diez años no contemplaba las “inclinaciones estratégicas” que, nosotros como colectivo, mencionamos bastante. Me sentía más bien fuera de toda posibilidad de participar de un proceso político en clave tradicional. Es algo que jamás imaginé que iba a pasar acá. Como sociedad, yo siento que había un desgaste, un agotamiento y una fatiga que tiraba cualquier posibilidad de pensarse como una fuerza constituyente, y ese constituyente con muchas comillas también. Porque tampoco es algo que esté aquí zanjado o que esté tan claro. Si pienso en cinco años atrás, por ejemplo, no me veía votando. Que es una práctica que este año venimos haciendo como nunca. Y es de repente sorprendente verse participando, con toda la sospecha que una tiene de ese proceso. Hay intuiciones y sospechas en este presente fangoso. Me siento más disponible a agujerear cosas que antes no me interesaban; cosas institucionales, políticas de Estado, con las que me sentía totalmente ajena y que hoy en día me siento disponible a pensar, a abrir canales de otros flujos.

PA: Eso es super especial en el contexto chileno donde los niveles de desafección de la política representacional venían siendo muy grandes, demasiado grandes. Realmente no es que hubiera una indiferencia con respecto a lo macro, pero sí había una desconfianza radical que te llevaba preferir

estar en la calle organizando cuestiones en las que podrías terminar presa o preso, que ir a entregar un voto. Hoy en día, sentir que me afecta en términos más vivos ver un escenario cívico con una participación importante de personas, ha sido muy importante. Ninguna de las integrantes del colectivo participa en algún tipo de movimiento político más o menos institucional. Sin embargo, hemos podido desarrollar y sostener la sospecha frente a esos procesos de manera colectiva. Creo que eso ha sido bien interesante. Nos reuníamos a ver esto porque posiblemente solos no hubiéramos tolerado lo que estábamos haciendo. No es solo un hito excepcional ni aleatorio el que nos reunimos, sino que fue una estrategia para poder sostener lo que estábamos haciendo, ya que históricamente nunca nos imaginamos hacerlo.

Algo que hemos venido desarrollando a partir de esto es entrenar la escucha. El deseo de escuchar a personas que no hablan ni tienen intereses ni inquietudes parecidas a las que tenemos aquellas y aquellos que estuvimos históricamente movilizadas. Tengo una especie de deseo de escuchar al “inmovilizado”. Porque esas figuras del “pasivo”, del “siervo”, del “esclavo”, siempre fueron figuras con las que podíamos referir a aquellas y aquellos que seguían insistiendo en el agotamiento de la política, y con las que siempre manteníamos una especie de distancia y polarización bien inmediata. De mucha intolerancia también. Entonces, tratar de desprogramar eso desde una conflictualidad más afirmativa que reactiva ha sido super interesante.

KJ: Un deseo de alianzas. Creo que eso ha marcado el diálogo hoy. Y en retrospectiva, ha sido pasar de la indisposición a disponerse al contacto y al encuentro con diferentes experiencias. Y en eso hay algo que me parece súper relevante, la escucha. Ha sido más de silencio este momento. No dar tantas respuestas, dejarme atravesar por preguntas, incluso a veces no saber nombrar lo contradictorio del momento actual. Porque siento que es un momento de contradicción, donde cargo con una memoria de ciertas resistencias, de ciertos modos políticos, de representatividad, pero donde me siento altamente disponible a permearme. Y vuelvo ahí con los agujeros, las preguntas...

Me lleva a pensar en la imaginación radical y en cómo imaginamos (incluso cuando acaba de suceder) un momento radical o un momento de radicalización. Ciertamente, si en un proceso político, gente que no votaba empieza a votar una imagina que se entibió el enfrentamiento; pero quizá sucede lo inesperado y es que es el sistema político institucional el que se corrió. ¿Cómo reimaginan a partir de todas estas experiencias, la radicalidad para el presente y para las cosas que se vienen?

PA: Por ejemplo, esa imaginación radical, en mi caso, ha pasado por politizar el habitar, la vida cotidiana, el habitar una casa, un espacio barrial. Y tiene que ver principalmente con la fuerza que han tenido las movilizaciones por los territorios de los bienes comunes, con la importancia que tuvo la movilización por el agua, la importancia que tiene la movilización por otras formas de vida no humanas, sean animales o sean campos. En otras palabras, por la politización radical del campo de la reproducción de la vida íntima y de la vida de las comunidades.

Dentro de esto, creo que la posibilidad de otorgarle un valor material a aquellas expresiones comunes inmateriales es clave, y siento que ha sido parte importante de la reinención de la vida cotidiana posterior al estallido social. Sobre todo con las figuras de las asambleas territoriales, la figura de los centros deportivos, entre otras. Tener un equipo de fútbol en el barrio, que son expresiones que uno asociaba históricamente a una especie de cultura popular, hoy en día están siendo uno de los objetos centrales dentro de esta nueva gravitación política. Por ahí yo siento que hay una especie de imaginación radical, de una manera de vivir el hogar, de morar en el territorio y de sentirte como a cuidado, en una especie de lucha permanente por tratar de poner en valor algo considerado tan abstracto como puede ser la memoria de una calle, la historia de un barrio, o la historia de una casa.

KJ: La imaginación radical, tal como la estoy entendiendo, tiene que ver con una sacudida de un modo de reproducir y de una suspensión, quizás, de ciertas reiteraciones. Va por ahí; procedimientos que destituyen permanentemente.

¿Cómo se imaginan la manifestación del futuro o el futuro de la manifestación?

Pensando que en el siglo xx, y lo que va del xxi, cierto tipo de organización en el espacio o dispositivos de protesta han sucedido y vienen mutando.

KJ: Me imagino... ya, una radicalidad cyborg, en interconexión con otros actuantes, no solamente con “esa cosa” tan humana. En estos momentos estoy inclinada a esa atención. Algo que conecte con otras cosas y desplace formas u organizaciones habituales. Quizás es un poco abstracto, pero me imagino algo más dislocado. Hay algo ahí de las conexiones que imagino que podrían ser manifestaciones distintas a como se entienden ahora.

PA: Como que todo futuro está siempre en estado de latencia. Vengo, por ejemplo, hoy día de disfrutar un poco de la fase 3. Pasé temprano a la librería y, aparte de preocuparme por encontrar algunas cositas nuevas, tuve una inquietud muy viva por tratar de llevarle unos libros buenos a mis sobrinas. Una va a cumplir cinco años y la otra siete. Creo que de algún modo hay una pregunta en estado de latencia por el futuro en ese estado de preocupación y de atención por los que vendrán, por los que están viniendo. Creo que ahí hay una cuestión que es también parte importante de la pre-comprensión de la idea de un Chile más solidario. Hoy en día acá está la discusión entre un sistema de pensiones de capitalización individual o volver a un sistema solidario. De algún modo, es un momento donde la discusión política económica más macro, por ejemplo, aquella que corresponde a la distribución solidaria de nuestras pensiones activa una pregunta por una responsabilidad ética y política por esas y esos otros que no necesariamente conozco, pero sé que están. Un momento donde desde la política macro podemos conectar de manera deliberada con desafíos micropolíticos muy concretos. Desafíos que se expresan en los ejercicios de política representacional que se están dando, así como también en estas movilizaciones que, de manera más territorial, empiezan a defender los bienes comunes. Un encuentro que resulta inevitable entre macro y micropolítica en tanto no podemos esperar a que nuestras hijas, nuestros hijos, les niños por venir, no vayan a tener agua, no vayan a tener lluvia. En relación con esto, una de las preguntas que yo me hacía, sobre

todo después del invierno pasado, surgía a partir de la tristeza que me producía que aquellas y aquellos niños que están creciendo no vayan a compartir con nosotros la experiencia de la lluvia que pudimos haber tenido otras generaciones. Porque acá el invierno era más o menos crudo, sin embargo, hoy en el mes de julio parecemos entrar a primavera. Por ejemplo, a mi sobrina le dices lluvia, y lluvia son cuatro o cinco gotitas que le caen durante el año.

Yo creo que ahí hay una cuestión importante en esta especie de revolución de futuro que tiene que ver por ejemplo con tratar de otorgarnos un invierno, un derecho al invierno. ¿Por qué no todas las personas van a tener derecho al invierno? ¿Por qué el invierno tiene que ser tan pesado y producir tantas tristezas neutralizantes cuando podría ser un derecho para todas? ¿Podría llegar a ser esta una reivindicación? ¿Tomarnos las calles tratando de exigir un invierno para todas y todos? Ahí hay una pregunta política que yo creo que está en estado de latencia y que está muy viva. Que pasa, por un lado, por esta inclinación estratégica macro, pero por otro lado por el cultivo cotidiano del cuidado, de la sustentabilidad, de otras maneras de poder mirar con respeto otras formas de vida.

Por otro lado, y siguiendo con la potencia de la imaginación, creo que en Bolivia ha sido muy particular lo que ha pasado. Me acuerdo del último conflicto en La Haya entre Chile y Bolivia, donde los bolivianos construyeron una nueva figura del derecho. Ellos trataron de inscribir una categoría que no existía dentro del derecho internacional para poder exigir algo, hasta la fecha, de algún modo imposible: que Chile pudiera hacer efectiva una salida al mar con soberanía. La figura que ellos propusieron fue la figura del derecho expectatio. De algún modo, dijeron: nosotros estamos reclamando garantías frente a un derecho expectatio. ¿Qué quiere decir eso?, se preguntaban todos los abogados de derecho internacional. Eso quiere decir que en muchas ocasiones Chile se comprometió a promover instancias para hacerlo, en otras palabras, “produjo una expectativa”, por lo cual, ahora, nos sentimos con el derecho de exigir que las expectativas puedan ser satisfechas. Uno puede llevar esa especie de derecho expectatio a Chile mismo. Creo que la revuelta es también un poco eso, la exigencia de ver satisfecho un derecho

expectatio en el que los gritos parecieran preguntar: “¿Y dónde está la alegría que nos prometieron llegaría posterior a la dictadura?”, “¿Ah?” Pero, que no se traduzca bajo la lógica del consumidor, esa del tipo: “yo compré un producto me dijeron que era una cosa y me llegó otra...”, una exigencia que no tenga una reducción librecambiaría o mercantil, sino que permita mantener en ejercicio permanente la imaginación. Ahí hay una pregunta importante, en la medida que la imaginación interroga el campo del derecho, tal como podemos verlo hoy en día en la constituyente. Por ejemplo, cuando observamos que una persona que había estado presa por delitos de terrorismo, acusada injustamente como autoridad ancestral, puede tomar la palabra en un sitio como el Senado, hablar en mapudungun y exigir atención. Hecho que, de por sí, no está dentro de la imaginación política de los conservadores –los mismos que en este caso son minoría–, y que durante mucho tiempo pareció casi imposible. Estas tensiones en la constituyente muestran situaciones que permanentemente van desafiando los límites que en otro tiempo nos parecieron imposibles y, en la misma medida, nos van preguntando por la capacidad que podríamos tener o requerir para seguir sosteniéndolo. Sostener la capacidad imaginativa ante los hechos que hoy acontecen, hechos que de algún modo pueden hacernos tender a asociar miedo con radicalidad. Radicalidad no en los discursos sino radicalidad en las formas, en las figuras y en las imágenes que todos los días estamos recibiendo del manejo mediático que hacen los medios del proceso constituyente. La imagen es muy cruda entonces: ¿podemos sostener la mirada frente a esta especie de revuelta de la imaginación? De esa revuelta que puede hacer que la potencia de la imaginación construya derechos.

Es muy interesante pensar a Chile como un *reality show*. Queda expuesto lo trastocadas que están nuestras relaciones con lo real y lo imaginario, que estamos entrenadas por experiencias que las mezclan muchísimo y tienen sus efectos “reales”.

PA: El miedo pasa por ahí, porque hay una guerra informacional muy grande acá. La hemos visto con la cuestión de las *fake news* a nivel internacional, muy sintomática de la época. La guerra informacional que

se está dando acá tiene como objetivo atacar y reducir esa capacidad imaginativa, que con la revuelta se intensificó. Porque la revuelta y las imágenes de la revuelta llevaron la capacidad de imaginar otro Chile posible a un punto tan alto que no sé si los cuerpos hasta ahora hayan tenido la posibilidad de alojar esa imaginación que se desató con la revuelta. ¿Son las fuerzas sociales capaces de sostener una especie de infraestructura que pueda alojar esa intensidad de la imaginación? ¿Por qué se la vamos a entregar completa a una figura soberana del Estado? ¿Podemos realmente convertir el escenario de Estado en un intensificador antes que en el lugar en el que se traduzca, se interprete o se represente la capacidad de la imaginación? ¿Puede ser la constitución una constitución abierta a imaginar otras posibilidades? Son preguntas que nos hacemos y por eso la figura de la sospecha que planteamos la última temporada.

KJ: Cómo seguir sosteniendo lo destituyente. Cómo dejar espacio, no clausurar todos estos procesos que realmente van mutando a una velocidad y ritmo que no nos detenemos para integrar.

PA: Los cuerpos están súper cansados, hay una capacidad de atención que no es capaz de poder seguirle la pista a la imaginación. Principalmente porque la capacidad de atención está saturada, y programada por el tiempo y las posibilidades de la información de las redes sociales, por el inmediatez. La guerra informacional está tratando de atenuar la capacidad de atención frente a la fuerza de la imaginación, tratando de acotar las imágenes a tres o cuatro imágenes con las que podemos llegar a traducir todo lo que está pasando dentro del espacio constituyente. Si uno revisa las últimas noticias todo el foco informativo se concentra en diez minutos de un impasse que hubo entre una fascista y una representante del pueblo mapuche. Con ello, buscan concentrar la atención en una polémica frente a la cual la gente tiene códigos inmediatos incorporados, los cuales harán la tarea de traducir inmediatamente los hechos bajo una gramática del odio cooptando la posibilidad de imaginar los procesos más largos de discusión que se están dando dentro.

KJ: Y lo que pasa ahí, en ese campo de atención, en la reducción de la percepción que está mediatizada, siempre termina en un resumen, un meme o en la extracción de una experiencia, que todavía creo que ni siquiera alcanzamos a alojar bien en el cuerpo.

VERÓNICA GAGO

Imaginar como estado de ánimo

13 de agosto de 2021

Buenos aires, Argentina

Verónica Gago es docente, investigadora, militante feminista e intelectual del colectivo “Ni una menos”. En el 2001, cuando la crisis económica llegó a extremos sociales en Argentina, se abrieron experiencias transformadoras como la que la llevó a formar el Colectivo Situaciones, desde el que se emprendieron investigaciones militantes –un término o posibilidad que impactó profundamente en las prácticas de muchos– hasta aproximadamente 2013*.

La escritura de Gago se conecta a su accionar en y entre experiencias de movimientos sociales –feminismo popular, ecofeminismo, economía feminista– y también con procesos de transformación que, sin ser necesariamente organizados, pautan el devenir de formas de vida masivamente. En 2015 publicó *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, un libro que nos mostró a muchos, con una gran sutileza, sensibilidad y contundencia, la complejidad de la máquina que intentamos desarmar, en su capacidad de enganchar cosas que creíamos opuestas.

Piensa moviéndose –de lugar, de enfoque, de deseos– y así la leo desde un lejano 2011 donde nos cruzamos en alguna universidad del norte, ella como invitada, yo como estudiante. Encontrarse en el sur nunca es lo mismo y eso fue lo que hice apenas volví: intentar acercarme de modos directos y/o oblicuos.

Al mismo tiempo que analiza, Gago arenga y nutre movimientos como el feminismo. En textos como *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo* (2019), escribe desde la academia sin perder contacto con el deseo, o con el deseo sin perder contacto con la práctica de investigación.

Hace tiempo quería hablar con ella y, en la espera, se movieron piezas enormes y se fue conformando en Argentina (y en la región) una ola de movilización feminista que agarró rabia con los femicidios de Lucía Pérez, Micaela García y tantas otras; pasó por el primer paro general del 8M en 2017, pasó por diferentes manifestaciones del 3 de junio de ¡Ni una menos! con toda su creatividad y masividad política, pasó por todo el

proceso de lucha por la legalización del aborto, pasó por las protestas contra la austeridad neoliberal y luego las redes de sostén en medio de la crisis pandémica, y en cada tropezón no hizo sino levantarse más alta. De la imaginación ligada a todas estas experiencias de protesta, convoque a Verónica a charlar y quedamos para un viernes, entre llevada de hijo y traída de otra.

Aparecen en la conversación delirios razonables, como la recuperación (política) del tiempo libre como condición imprescindible para la imaginación colectiva. Habla de lo que sucede en los momentos en que lo disperso logra encontrarse y verse simultáneamente, de abundancia, de poner recursos a disposición.

* Archivo del Colectivo Situaciones: <http://lobosuelto.com/colectivo-situaciones-obras-completas/>

Lo primero que quiero invitarte a conversar tiene que ver con tus experiencias sobre el vínculo entre imaginación y política, imaginación y movilización. Te pregunto no tanto por una conceptualización, sino desde tu experiencia.

Pensaba cuando recibí tu mail que a veces tendemos a pensar que hay una imaginación y eso habilita a la política, pero mi experiencia es un poco contraria. Estando en situaciones políticas, emerge una imaginación que no te esperabas. No es que haya una imaginación que permita que la política vaya a ciertos lugares imprevistos, sino que, más bien, incluso estando en situaciones políticas de lo más obvias o tradicionales, hay algo que a veces emerge y hace que la imaginación, en ese momento, desborde a la propia situación.

Te comparto algunas imágenes concretas: cuando surge, en una asamblea de 2016, la propuesta de “llamemos a un paro”, no era algo que estaba pensado de antemano, no fuimos con esa idea a la asamblea ni era evidente que el paro se conectaría con la protesta por el femicidio. Esa fue una de las experiencias que me marcó muchísimo. Trato de hilvanar todo eso que se abrió con el paro y la huelga feminista: trato de pensar qué es ese ambiente-paisaje-comunidad que se arma por momentos en una asamblea, que genera la posibilidad de una evaluación colectiva y de un despertar de imaginación colectiva. Cuando a algunas personas les comentamos: “che, salió esto de la asamblea”, nos dijeron: “no, no, pero eso es un delirio, en una semana, hablar con todas, no se puede...”. Hay algo de la atmósfera que se arma en ese momento que no sólo produce la imaginación, sino que te permite desplegar lo que significa operativizar esa imaginación, meterle cuerpo, evaluarla y saber la temperatura; “bueno, y entonces qué hay que hacer, quién se encarga y cómo lo organizamos...”

Esa sería la primera cosa, porque creo que muchas veces se reclama imaginación política para hacer *otra* política, y mi experiencia es que esa imaginación puede surgir de situaciones inesperadas e incluso tradicionales. Hay algo en lo que se arma, en estar juntas, en escucharnos, en la combustión que va haciendo el pensamiento, estando ahí, que hace que se nos ocurran cosas que de otra manera no estaban en nuestro marco de posibilidades u horizonte cognitivo, o que no hubiesen sido

actualizadas –porque a veces no es que sean novedades. Esa es la otra cosa: imaginación no es siempre pura novedad. Me parece que hacemos un reciclado de cosas, y diría un oportunismo de saber detectar y evaluar cuándo reciclar alguna idea. De ese reciclaje surgen cosas nuevas.

Otro punto entonces es: ¿cómo dejamos de asociar la imaginación a la pura novedad, a la pura creación ex nihilo, y comenzamos a trabajarla con cosas que tenemos, pero que al conectarlas con algo de la situación circundante lleva a lugares o arma trayectorias que sí son nuevas?

Muchas tenemos la experiencia de estar tomada por algún proceso y sentir una especie de ebullición de la imaginación. Me acuerdo en el 2018, con la Marea Verde, cuando se nos ocurrió lo de la Operación Araña, que fue tomar todas las líneas del subte a la vez; hacer que cada línea fuera una temática, una problemática, y tejerlas como una tela de araña subterránea de la ciudad; invitar a todas las colectivas, organizarlo con las trabajadoras y las delegadas gremiales del subte. Ese fue un proceso increíble. La gente era borbotones de ideas: “y yo voy a llevar cintitas verdes para que cuando la gente se cuelgue le salga una cintita”, “y yo voy a grabar el audio”, dijeron las gremialistas, “para que la gente escuche de que se trata la acción”, “yo voy a hacer que nos esperen músicas al final del recorrido”, y así. Abundancia. Tengo guardado ese audio de las trabajadoras que hicieron sonar en todas las estaciones porque es increíble. Ese audio y el audio que llevaron las azafatas el 8 de marzo para que se oiga en los aviones diciendo que era el día de la huelga son un paisaje sonoro del feminismo tomando la tierra por abajo y el cielo allá arriba. Son dos ejemplos de gran imaginación política, que fluyen en un momento donde hay un deseo de organizar y hay una fantasía puesta al servicio de esa cosa colectiva. Para mí son momentos de mucha felicidad, del sueño de una cosa. La experiencia cuando estábamos en el subte y lo veíamos transformarse en algo completamente verde, con todas las acciones al mismo tiempo, fue bastante lisérgica. Cada línea inventando un tipo de acción. Después lo replicaron compañeras en Madrid, otras compañeras hicieron algo bellissimo en los subtes de Santiago de Chile también; esta idea de operación subterránea, que toma la ciudad por abajo, creo que ha

sido multiplicada. A cada una se le ocurrió un delirio y a todas nos parecía que todo era completamente razonable, que se podía hacer, que lo íbamos a hacer.

El tercer punto va por ahí: la imaginación asociada a una especie de capacidad de hacer, pero no sólo de hacer sino de puesta en disposición de recursos: “Yo tengo tal cosa, yo consigo tal otra, yo voy a pintar el mapa”. Una especie de abundancia de recursos que surgen en el momento y que materializan un posible.

Hablabas de atmósferas y de situaciones como aquello que habilita la práctica de una imaginación colectiva. Y creo que el feminismo queda por fuera del diagnóstico que repetimos y repetimos de que hay una crisis de la imaginación. En tanto feminista involucrada en luchas y movilizaciones, ¿Qué texturas, qué especificidades te parece que están presentes en esa experiencia de movilización que hacen a la imaginación feminista?

Si, realmente creo que el feminismo la ha despertado, y además en clave internacionalista, porque veo que nos vamos nutriendo. Por ejemplo, yo sigo lo que están haciendo las compañeras en Chile y es impresionante. La brigada de propaganda de la Coordinadora 8M, esa intervención en la calle, esa imaginación estética muy al ras de la revuelta, ahora de la constituyente, del paro. Creo que ha habido intervención de los feminismos en las manifestaciones en Colombia, en Ecuador. Creo que la textura, como vos decís, del lenguaje de la protesta ha sido totalmente intervenida por los feminismos los últimos años. La protesta anti-fascista, anti-bolsonarista, en Brasil, que tiene una estética muy feminista queer. Las dinámicas que se han hecho tirando monumentos de colonizadores, también muy protagonizadas por colectivas feministas, que están ahí en una disputa por la memoria y la monumentalización de la memoria, abordada de forma muy interesante en Bolivia, en México, en Ecuador. Hay una intervención sobre las calles muy fuerte. Hay una capacidad incluso de intervención institucional, de llevar esas cosas de las calles a las instituciones.

Lo que estamos escuchando de la presidenta de la convención constitucional en Chile, Elisa Loncón, una mujer lingüista, mapuche, llevando libros al recinto

e inaugurando una biblioteca plurinacional y anticolonial como pedagogía del texto constitucional por venir. También lo que significa la figura de Marielle Franco, como militante lesbiana, negra, favelada, feminista. Hay una intervención en varias escalas y en varias capas. Y que esa capacidad de tomar las calles, tiene repercusiones en cómo se habla (lo del lenguaje inclusivo es muy claro), en cuáles son las voces habilitadas, en qué significa disputar la memoria política, qué significa pensar, cómo esa masividad de las calles se traduce también como masividad, y con otro tipo de eficacia política, en todas las relaciones sociales. Para mí es muy importante pensar ese doble plano. Por supuesto tenés masividad en la calle en distintos momentos, con momentos de auge en ciertos lugares, que después pasa a otros, y así. Y al mismo tiempo, esa masividad persevera y estructura algo de la cotidianidad, que por ahí es menos visible, pero repercute en las relaciones familiares, sexo-afectivas, en los partidos políticos, en los clubes de fútbol, en todos lados. No digo que eso siempre tenga una resolución a favor de esas innovaciones. Obviamente vemos contraofensivas en todos los planos; porque esa fuerza se castiga, se intenta disciplinar, se reprime, se quiere criminalizar, se judicializa, pero claramente esas son respuestas o reacciones a una fuerza que está, yo creo, tocando todo, no dejando nada a salvo.

Otro punto muy fuerte que está logrando una repercusión que creo que antes no habían tenido, es esta alianza entre luchas feministas y ecologistas, anti-extractivistas. Cómo pensar en lo que comemos, lo que hacemos para conseguir lo que comemos, donde vivimos, con quien vivimos, los modelos del agrotóxico y su avance depredador. Creo que eso hoy también está repercutiendo en los imaginarios, en la discusión del desarrollo, la normalidad, la crisis. Todo eso está en mucho movimiento, y en mucha tensión.

¿Cómo, en ese proceso de colectivización, e inclusive de masificación de cierta imaginación política, la imaginación puede permanecer sin fijarse, y sin tomar la forma de esos imaginarios que pueden ser más obturadores que creadores de aperturas?

El proceso por momentos se cristaliza y es algo que me parece inevitable. No me

parece que se pueda evitar por el hecho mismo de que hay ritmos. Hay un tipo de inscripción que se va haciendo, que siempre es negociada, que siempre es mucho más promiscua respecto del momento de auge del movimiento. Y creo que tiene que ver con que ciertos cambios se dan en múltiples temporalidades. Y hay algo de cómo se escriben; una cosa es cierta temporalidad del lenguaje, de las instituciones, y cómo eso pasa a crear cierta identidad que después se puede convertir en una suerte de corsé. Más que pensar en cómo evitar eso, más bien preguntaría: ¿cómo cultivar la atención para ir poniendo en movimiento incluso esas fijaciones que se van armando?

Considero inevitable que haya distintos momentos de energía, y de fluctuación de esa energía y de esa disponibilidad. Hay condensaciones que no siempre tienen el ímpetu o la forma que nos imaginamos en el momento de mayor movilización, o de mayor radicalidad. Lo que veo es que se van pasando umbrales. Por ejemplo, escucho ahora a las compañeras de Chile decir: “logramos la paridad, pero la paridad así como nos la dieron, no la queremos. Lo que queremos es otra cosa”. Si quieren fijar: “paridad 50 y 50, listo”, ellas dicen: “No. Esto no es así. Ahora vamos por más”. Siempre en un umbral en que ya estás discutiendo otras cosas. Cada vez más nos sentimos parte del armado de las condiciones de esa discusión. Hay algo de la transformación de lo que vamos discutiendo, de lo que vamos haciendo, que tiene que ver también con lo que hemos hecho. Y con apropiarnos un poco de eso que hemos hecho, incluso cuando aparecen maneras que lo quieren neutralizar, confinar o cortarles todos los bordes filosos. Trataría de pensar así: ¿Qué significa estar atentas a ir reabriendo esas situaciones que se cristalizan, que se estancan? Hay compañeras que quieren quedarse ahí porque quieren trabajar en ese plano, y hay otras que no tienen tantas ganas y que abren la deriva hacia otro lado.

¿Y cómo se encuentra esa multiplicidad en la calle?, ¿Cómo vuelve de la calle?
¿Cómo es la convivencia de esas fuerzas que buscan formalizar o consolidar, y esas otras que buscan destituir, desobedecer, seguir desterritorializando? ¿Qué es lo que permite que se encuentren en el espacio público?

Una imagen que me impactó mucho del último 8 de marzo, y sobre todo de las vigili-

de diciembre de 2020 cuando no se podían hacer tantas marchas por la pandemia, era que resultaba más evidente la organización del espacio en el que se armaba una especie de feria. La idea no era marchar. Vos ibas pasando y tenías de todo. Incluso cosas que ni sabés que existen. Algunas sí porque son más conocidas: las de fútbol militante, las de la legalización de la marihuana. Pero después te encontrabas con cosas desconocidas. Veo que hay algo en la calle de exponer, de mostrarse, de compartir experiencias que por ahí son muy distintas, muy micro, que son de territorios alejados entre sí. Entonces hay algo de juntarse en la calle que te visibiliza y crea zonas de cercanía. Te enterás de cosas que de otra forma no te enterarías. Es como un pliegue en el que te quedan cerca cosas que nunca hubieses llegado por tu recorrido, por los lugares en los que estás en la ciudad, por lo que sea. La posibilidad de conectarte con cosas que de alguna manera desvían tu régimen de visibilidad en la ciudad. Después ha sido un ejercicio muy interesante llevar esa fuerza colectiva a cada uno de los lugares de los que se viene. Eso lo hemos charlado mil veces con distintas compañeras; primero la sensación de que lo que vos estás haciendo en tu lugar es importante, y que eso es refrendado en la movilización, que lo sentís físicamente: “Soy parte de esto, esto tiene que ver con lo que nosotras hacemos, con esta fuerza, yo me animo a encarar ciertas cosas con las que normalmente me siento más desguarnecida, si me pienso por fuera de esa fuerza más amplia.

Viendo todo eso en simultáneo, sentís una especie de imagen de conjunto, de totalidad muy abierta y en movimiento. Como si tuvieses la posibilidad de ser ubicua e ir caminando y viendo todo lo que está sucediendo al mismo tiempo, que en la espacialidad normal no podrías ver. Creo que esa es una experiencia muy fuerte en las movilizaciones.

¿Qué escenas y qué experiencias de tu vida fueron importantes en el devenir de tu imaginación política?

La experiencia de Cátedras Libres en la universidad para mí fue muy importante; una manera de experimentar la universidad totalmente distinta. Fue muy formador: pensar, armar contenidos que quisiéramos leer y estudiar, a quién invitar... como si la universidad fuese nuestra. Te armás

de un lugar que te autoriza a imaginar contenidos, programas de estudio, colaboradores, historias que no están presentes en la universidad. Después el ejercicio de edición; lo que sale de ahí, cómo compartirlo, cómo editarlo.

Otra que me marcó muchísimo, fue la experiencia de la crisis del 2001, lo que era estar en la calle en esos momentos. Creo que haber vivido el 19 y 20 en la calle a muchos nos marcó una manera de hacer política, de entender los límites de la cosa democrática. Y estuvo acompañado de la emergencia de movilización y de organizaciones políticas que abrieron un momento de innovación que ahora, que encima estamos a veinte años, nos deja una especie de fervor en la memoria. También por la crisis actual, que tiene todo el tiempo una interlocución, de hecho, con la crisis del 2001. Todo el tiempo se está diciendo: “los índices objetivos de pobreza son iguales o peores que en el 2001, pero no hay movilización”. No creo que sea tan sencillo como esa comparación. Pero lo que quiero remarcar es que todo el tiempo la referencia sigue siendo *dosmilunesca*. Una persistencia de aquel tiempo de ruptura. Eso es muy fuerte hoy, acá por lo menos. Entonces creo que además del feminismo, las Cátedras Libres y el 2001 serían imágenes que me marcaron mucho.

¿Y reconocés algún momento de crisis de un imaginario o de encuentro con imaginarios enemigos, con los que luchás cotidianamente inclusive adentro tuyo?

No identifico con qué imaginarios me peleo. Porque no tengo una militancia de partidaria de izquierda, o en organizaciones de izquierda más tradicionales, con las que cargue y de las que me tenga que deshacer. En los noventa sí me acuerdo que había un trabajo muy persistente de cómo relacionarse con los años setenta; algo muy generacional, muy colectivo, a partir de las experiencias de hijos e hijas de desaparecidos, con las Cátedras Libres repensando los años setenta. Más que pelearme o tener enemigos, creo que son imaginarios que si no los elaboramos de alguna manera, son un peso muerto. Entonces qué significa tirar el bebé y quedarse con el agua sucia (una imagen de Silvia Rivera Cusicanqui que me encanta). Cómo elaborar y quedarse con algunas cosas. Esa era una discusión fuerte con

la gente con la que militaba a fines de los noventa o principios de los dosmiles. Todo era la comparación con los años setenta, y comparado con ellos nada era importante, nada era heroico, nada era suficientemente revolucionario.

También fui muy atravesada como generación por lo que significó el zapatismo. El estallido del imaginario que ya estaba en marcha ahí. Una y otra vez volvemos a esas cosas; es difícil de conjurar de manera permanente. A mí lo que me parece muy lindo es que cuando estás en una experiencia de mucha conmoción colectiva, de alguna manera comprendes lo que fueron esos otros momentos históricos. Aunque la experiencia no sea la misma, sientes una conexión en el hecho de compartir dilemas. Cada época inventa y repite. Y eso permite conexión y diferencia, renovación y retorno. Incluso si los lenguajes cambian, hay algo, como si pudieras tocarlo, que vuelve. Cuando empezás a leer manifiestos de distintos momentos, hay algo en común, algo así como un estado de ánimo, más que un contenido específico. Cierta desparpajo que te dan esos momentos para afirmar ciertas cosas muy vehementemente, para sentir que tenés fuerza. Ese estado anímico que te permite decir cosas creo que conectan distintos momentos históricos.

Hay un momento de afirmación desembozada, que lo podríamos vincular a lo que charlabamos al principio, de la imaginación política como ese estado anímico que te permite una agudeza, una afirmación, y también un atrevimiento. Decir cosas arriesgadas que en otros momentos no las dirías así, porque no te podrías hacer cargo, le pondrías muchos matices. Es lindo que haya momentos en que se puede ir así con soltura.

Percibiendo el estado de ánimo actual cuál imaginas que podría ser el futuro o los futuros de la manifestación de protesta, el futuro próximo, el futuro lejano, el futuro deseable, el inviable o quizá el más probable...

Es difícil decirlo en un momento en que la pandemia restringió el uso de la calle de una manera tan brutal. Como imagen de futuro, tengo la vigilia del aborto en diciembre, que veníamos de un año de pandemia, de encierro completo, y la calle fue una fiesta infernal. Como si todo

eso acumulado estuviese ahí recargado. Es obvio, pero siento de manera muy cotidiana la falta de encuentro, este repliegue en la pandemia en las casas, en jornadas y rutinas recontra recargadas de todo tipo de trabajo. Que también nos hizo ver esos espacios de manifestación y de calle, más que nunca, como tiempo libre. Como una manera de tomarse el tiempo. Me imagino entonces la cuestión del futuro como una pregunta por la recuperación de la política como tiempo libre. Tiempo libre para quedarte tres horas en una asamblea, tiempo libre para dedicarte a pintar un cartel todo el día, tiempo libre para estar en la manifestación, tiempo libre para ir a una reunión. Me imagino una recuperación del tiempo libre, en todas las formas que nos vayamos imaginando. Me imagino también estas puestas en común de las redes que nos han sostenido todo este tiempo. Creo que eso lo tenemos muy presente; con qué hemos contado para sostenernos en todos sentidos, cuáles han sido los diagramas de esas redes. Creo que ahí también van a salir imaginaciones futuras de cómo movilizarnos, en relación a qué, y también cómo descansar y recuperarnos.

Por ejemplo, me impacta esta dinámica que encontró la Unión de Trabajadores y Trabajadoras de la Tierra con los verdurazos públicos, que han sido una imaginación política en la crisis muy impactante, poniendo el tema del alimento en el centro, con la cuestión de los precios, denunciando las corporaciones, pero a la vez diciendo: “hay un modelo agroecológico que está totalmente desvalorizado, y a la vez somos quienes estamos garantizando que en los comedores no se consuma comida de mierda”. Los verdurazos me parecen una invención realmente potente; se hicieron varios momentos, uno importante fue el 8 de marzo frente al congreso. Creo que se conecta con la consigna que hicimos el 3 de junio (“Ni una menos”) que es: “Basta de violencia de las corporaciones. No hay soberanía de los cuerpos sin soberanía alimentaria”. Esas consignas que se van tejiendo y un poco amasando en la crisis, en el hecho de haber sostenido una movilización de la manera que pudimos. Para el 3 de junio, organizamos una asamblea con una convocatoria de un día para el otro; de repente éramos 100 organizaciones por

Zoom. Todas repodridas del Zoom, y a la vez con unas ganas de tener ese espacio colectivo, de encontrarnos, de ver que las otras seguían ahí. Y, bueno, en algún momento se va a armar y nos vamos a volver a encontrar, y mientras tanto hacemos y nos preguntamos cómo inventar en las escasez de posibilidades (porque el 3 de junio estaba muy fuerte el tema de los contagios, era un momento de muchas muertes), y a la vez alimentamos el gesto de hacer algo en común, también como modo de cuidarnos.

Como una fuerza descentralizadora que se da por la imposibilidad de moverse, pero que organizacionalmente genera un montón de cosas.

¡Exacto! Y eso era muy emocionante. Te mandaban tres chicas que estaban imprimiendo, otras que te decían: “no podemos imprimir pero los estamos pintando a mano”, y mandaban la fotito. Otras que decían: “nos vinimos hasta acá a pegar en el cartel de la ruta para que aparezca cuando pasan los autos”. Es realmente un hormiguero que se empieza a mover y a la vez organiza un tipo de instancia que nos permite vernos. En este caso fueron las redes; esos dispositivos son muy móviles y muy variables pero también a veces hacen falta un lugar donde poner todo eso junto, para reconocernos. No sólo es subir tu foto, sino inventar espacios para ver esa composición. A mí me gustaba mucho ir recolectando todos los *flyers* que se hacían en distintas instancias. Los de la huelga, o cuando se hacían los del pañuelazo. Empezás a ver: pañuelazo en tal fábrica, pañuelazo en una escuela, en el barrio... hay algo de esa multiplicidad que es fascinante en su armado.

En su multiplicidad, ya no algo lineal del ir de aquí para allá, todas juntas, sino como una composición más rizomática, pasando acá, allá y acullá...

Totalmente.

Podría ser un futuro.

Me encanta...





Manifestación a futuro

¿Y si manifestarse se volviera sinónimo de arriesgar la vida?

¿Si manifestarse pasara a ser imaginado como una práctica legítima y valiosa?

¿Si manifestarse fuera posible únicamente por internet?

¿Si la manifestación fuera definitivamente criminalizada?

¿Si la manifestación tendiera a ritualizarse? ¿Si fueran cada vez más masivas? ¿Si fueran cada vez más cortas, más espectacularizadas, si se extinguieran?

¿Si la manifestación ocurriera en la oscuridad de la noche?

¿Y si las manifestaciones de cuerpos humanos ya no fueran las únicas visibles?

¿Si la manifestación fuera efecto de una imaginación individual sobre lo que podemos hacer juntas?

¿Y si pasáramos a entrenar políticamente la imaginación?

¿Y si cambiara radicalmente la relación entre manifestación y vida?

¿Si algo de la manifestación a futuro ya estuviera aquí, sucediendo, ya existiendo oculta entre montones de ruido?

Turquía, 2013. En un momento en el que se había prohibido y reprimido la protesta, y que cualquier grupo de más de 3 personas podía ser detenido por sospecha de conspiración, Erdem Gunduz llegó solo el 17 de junio a la plaza Taksim en Estambul. Se paró allí y permaneció inmóvil durante 8 horas. Su acción aparentemente inocua generó una reacción en cadena. Poco a poco cientos de personas comenzaron a replicar el gesto de Erdem a su lado en la plaza, después en otras plazas, otras ciudades, e incluso otros países. La acción era irreprimible por su aparente pasividad. No rompía ninguna regla, pero sí fue muy visible como protesta a nivel mundial. Se lo conoce internacionalmente como el *standing man*.

*

La mayoría de revueltas del siglo XXI no tienen nombres de líderes, ni de nacionalismos ni de ideologías; son estaciones, personas, días cualquiera, en los que podría nada suceder, y sin embargo, todo sucede.

La Liga Tensa (Esthel Vogrig N., Nadia Lartigue Z.*, Juan Francisco Maldonado G., Carolina Guerra F., Lucía Naser R.) somos un colectivo de investigadores y coreógrafes mexicanos y uruguayes que desde el 2015 pensamos las manifestaciones, aplicando herramientas de la coreografía para observar y analizar los movimientos masivos. Hasta ahora la investigación ha tenido distintas formas de salida: la exposición *Es enorme y se mueve como el gas. Una mirada coreográfica a las manifestaciones* (2017), la conferencia escénica *Escuchar la manifestación como a un río* (2019), así como algunos talleres, muchas pláticas y ahora estos cuadernos.

CUADERNOS DE PROTESTA

SE ME HACE QUE AHÍ VIENE LA CRECIENTE

sobre el tiempo y la manifestación

IMPROVISAR ENTRE MURMULLOS Y GRITOS

sobre la situación y la percepción

PARA EL RÍO, QUE TODO LO ARRANCA

sobre la violencia y la manifestación

IMAGINAR-LO POSIBLE

narraciones y experiencias en torno a la imaginación y la protesta

GRAFIAR LA TRAMA

gestos y tácticas creativas en la manifestación

La Liga Tensa ha sido acompañada en estos Cuadernos por distintos cómplices: en la edición y corrección de textos, Guillermo García Pérez, en el diseño editorial, Roger Adam Bernad, y en las ilustraciones, Julia Reyes Retana C.

Las imágenes que integran este volumen son capturas realizadas por la artista Celeste Rojas Mugica de un video registrado durante la revuelta en Santiago de Chile, el 11 de diciembre de 2019.

www.celesterojasmugica.com

Agradezco a Gabriel Delacoste y a val flores por la lectura amiga que acompañó la escritura de este librito.

El tiraje es de 400 ejemplares, bajo el cuidado de Ediciones sin resentimiento (Juan Leduc y Óscar Suárez Alemán), en los talleres gráficos Colores Impresos S.A. de C.V., Colonia Obrera, Ciudad de México, la maldita primavera del 2022

1ª edición / IISBN: 978-607-8749-37-9

Con el apoyo del PAC, Patronato de Arte Contemporáneo, de Emiliano Becerril Silva (ELEFANTA EDITORIAL) y la generosa donación de Diane Robins, (gracias Diana, eres un amor, te debemos unos tamales).

*Beneficiaria del Sistema Nacional de Creadores de Arte 2021-2024 del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (SACPC)

P A
C

W
W
W
·

ligatensa.wordpress

·
C
O
M

Para las composiciones tipográficas se ha colaborado con distintas tipógrafes que han creado y recuperado fuentes a partir de las protestas, manifestaciones y acciones revolucionarias.

Lucce Fabri es una tipografía libre, creada por Laura Daviña, homenaje a la anarquista ítalo-uruguaya del mismo nombre fue desarrollada para el libro *Fascismo: definición e historia* coeditado por Microutopías y PS_São Paulo.
@lauradavina

Ácrata, es una fuente para destruir al patriarcado. Fue desarrollada por el equipo Las Serifas de México: Aspacia Kusulas, Karla Mateos, Romina Hernández, Sandra Morales y Tamara Segura.
<https://github.com/Torneo-Tipografico-Comunidad/Torneo-2020/tree/master/%C3%81crata>

Les agradecemos su permiso para utilizarlas, su detalle y contundencia en el dibujo de las letras, sus creaciones e investigaciones nos han ayudado a dar cuerpo a nuestros textos.

La manifestación es una presa desbordada, un dique rompiéndose, un susurro enorme que se mueve como el gas, una niebla que, empujada por el viento, aparece y desaparece en donde menos se la espera.

Esta no es una investigación objetiva. Investigamos para salir a la calle, para alimentar las luchas en las que creemos y con las que buscamos cercanía, sabiendo que hay acontecimientos que nos cambian (y nos han cambiado) la vida.

Nuestros cuerpos están empapados de marchas y el tuétano de nuestros huesos convertido en lumbre. Marchamos y escribimos, a veces estos dos caminos se cruzan, a veces no. En estos cuadernos deseamos sumarnos a la protesta desde la escritura y la imagen.

Estas publicaciones derivan a la vez de una investigación colectiva y de una reflexión personal. Cada cuaderno ha sido desarrollado por uno de los integrantes de la Liga Tensa y se enfoca en un aspecto de la protesta: temporalidad, situación y percepción, imaginación, violencia, tácticas creativas.